

La Esfera

Año VIII • Núm. 380

Precio: Una peseta



RETRATO, por José Nogué

CÁMARA-FOTO

El papel en que se imprime esta ilustración está fabricado especialmente para "LA ESFERA" por

LA PAPELERA ESPAÑOLA

EVITA LA CAIDA DEL PELO
LE DA FUERZA Y VIGOR

**ALCOHOLATO
ABRÓTANO MACHO**

Carmen, 10, ALCOHOLERA, Madrid



Dr. Bengué, 47, Rue Blanche, Paris.



De venta en todas las farmacias y droguerías.

**"ALTERNACYCLE"
"ALTERNATEUR"**

Estas dos palabras
quieren decir

¡ LUZ ELÉCTRICA GRATUÍTA !

SIN PILAS NI ACUMULADORES

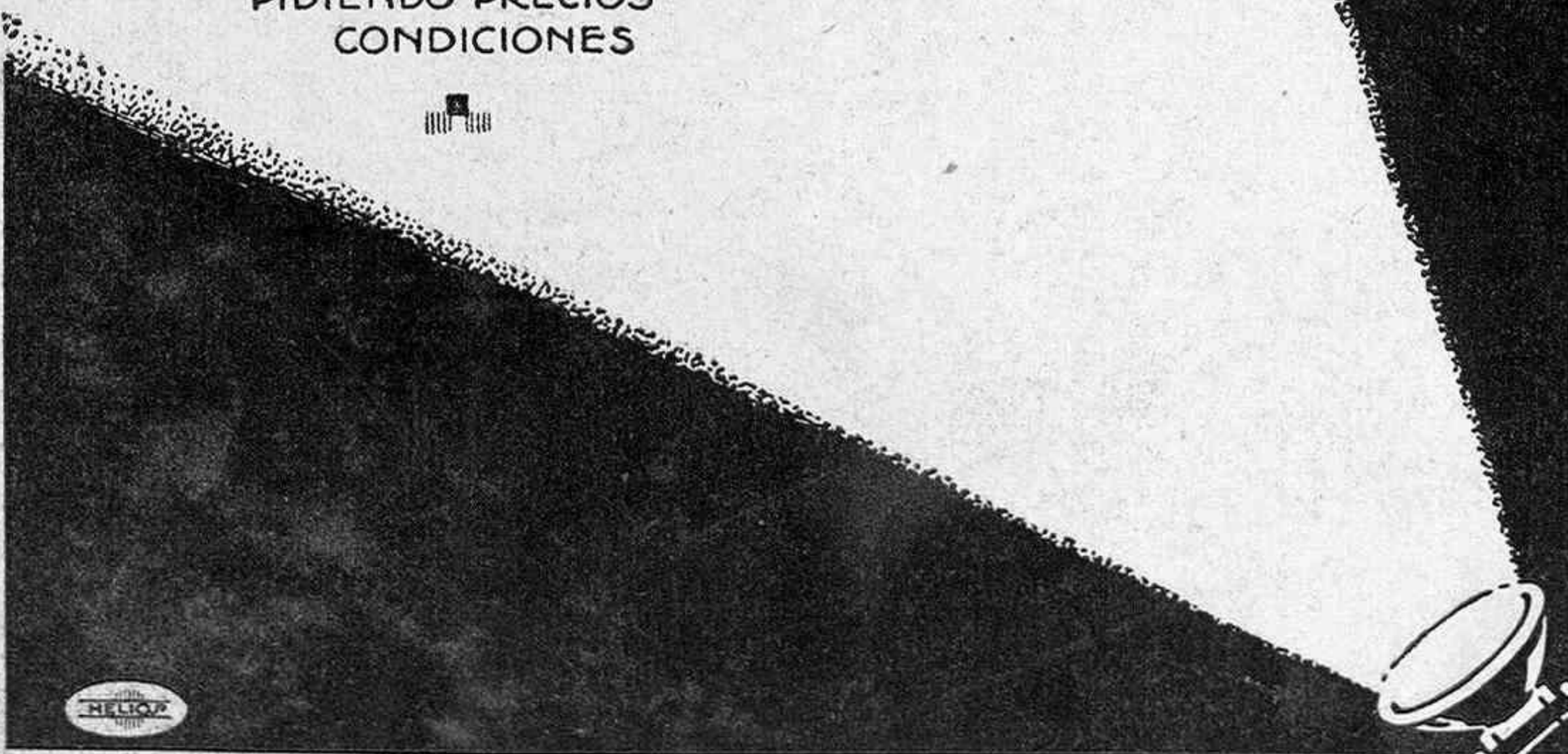
PARA *BICICLETAS*
PARA *MOTOS*
PARA *AUTOS*
PARA *FABRICAS*
PARA *BUQUES*
PARA *PUEBLOS*

AGENTES EXCLUSIVOS PARA TODA España

INTERNATIONAL IMPORT-EXPORT

3, Plaza de Cataluña-BARCELONA

ESCRIBA V. HOY MISMO
PIDIENDO PRECIOS
CONDICIONES



Mirad cómo danzan los africanos,
los africanos,
en torno los productos
Cortés Hermanos.

Jabón, 1,50. — Crema, 2,50. — Polvos, 2,50. —
Agua cutánea, 5,50. — Agua de Colonia, 3,50.
6, 10 y 16 pesetas, según frasco. — Lociones
para el pelo, 4,50, 6,50 y 20 ptas., según frasco.

ÚLTIMAS CREACIONES
Productos Serie «Ideal»:

ACACIA, MIMOSA, GINESTA, ROSA DE JERICO,
ADMIRABLE, MATINAL, CHIPRE,
ROCIO FLOR, ROSA, VERTIGO, CLAVEL,
MUGUET, VIOLETA, JAZMIN

Jabón, 3. — Polvos, 4. — Loción, 4,50, 6,50 y 20.
Esencia para el pañuelo, 18 pesetas frasco con
estuche.

Cortés Hermanos, SARRIÁ (BARCELONA).



**Misterios de la Policía
y del Crimen**

¡ PÍDASE A ESTA ADMINISTRACIÓN !

SE VENDEN

los clichés usados en esta Re-
vista. Diríjanse á esta Adminis-
tración. Hermosilla, 57

SEDLITZ CH. CHANTEAUD
de **PARIS**

a base de Sulfato de Magnesia anhidro puro, Acido Tátrico,
Bicarbonato de Sosa. — El mejor **Purgante, Laxante,**
Depurativo contra: **ESTREÑIMIENTO, JAQUECA,**
ESTADO BILIOSO, CONGESTIONES, VICIOS de SANGRE
PREPARADO POR URIACH C^a, 49, Bruch, BARCELONA

La Esfera

Año VIII.—Núm. 380

Madrid, 16 de Abril de 1921

ILUSTRACIÓN MUNDIAL



EL GUITARRISTA LLOBET

Retrato original de López Mezquita, que ha sido donado por unos "Amigos de España" al Museo de Arte Moderno

DE LA VIDA QUE PASA
E: TAF, TAF!...

VAMOS á tratar de un asunto perpetuamente actual, y que sangra—sin metáfora—en nuestras costumbres. Es el de los vehículos que han invadido á Madrid, y que, movidos por esencia, responden á los nombres de automóviles, *motos*, autocamiones; y movidos pedestremente, se llaman bicicletas y triciclos.

Ante todo, á mí no me impulsa, en esta cuestión, ese sentimiento de hostilidad despechada contra los automóviles que anima á tanta gente. Yo tengo automóvil por necesidad, y ando en él lo menos que puedo. Pero mi coche es manso: pido hasta como favor personal á los que lo guían que vayan lo más despacio posible. Este sistema me ha sido útil el día en que, naturalmente, muy contra mi voluntad, dimos en la calle del Carmen un aletazo á un chico portador de una cántara de leche. El chico cayó al suelo, y la leche formó un charquito blanco. Se reunió un gentío. Yo acudí á su testimonio. «Ustedes han visto, señores, que el *auto* iba muy despacio... Estoy á disposición de la autoridad, si tiene que exigirme responsabilidades...» Todo el grupo alzó un murmullo de aprobación. «No iba de prisa, no iba de prisa...» Pagué, sin obligación de hacerlo, la leche de la cántara; y digo sin obligación, porque el muchacho se había metido, literalmente, debajo del vehículo en el arroyo, caso que se repite á todo momento. Lo pagué muy gustosa, al pensar que no había hecho daño á nadie. ¡Sería tan triste!...

Esta mansedumbre de mi *auto* se debe, indudablemente, á que no me gusta el automóvil en sí, por sus cualidades de velocidad, únicas que aprecian, según parece, los aficionados. Yo, al contrario, desprecio esas cualidades, útiles, sin duda, al hombre de negocios de Chicago, al cual le pueden ir miles de dólares en un avance de tiempo (así se desprende de las películas), pero sin aplicación para el ocioso de Madrid que pone la vanagloria en *hacer* (¡bárbaro galicismo!) tantos kilómetros por hora, sin más probable objeto que estrellarse ó estrellar á otro señor, ó ambas cosas á la vez. Tragedia vacía, sin argumento. Hay quien ama el automóvil y tiene por objeto de su vida á esa gran cafetera con ruedas, tan antiestética, á quien llamé en una de mis novelas «artilugio trepidante» como protesta contra su forma y su fondo. Sin que me persuadan razonamientos, he permanecido fiel en mis predilecciones á los bonitos *landós* de mi mocedad, cuyos caballos trotaban tan rítmicamente, con acompasado y ágil golpeo, y cuya caja era un sota, elegante y fino, vestido de blandas sedas y pasamanerías delicadas. La idea del peso enorme del automóvil me causa una sensación de fatiga, un desgaje de nervios. Reconozco que soy de otra época. ¿Habrán quien me demuestre que esta época no era mejor?

A un lado, sin embargo, estas preferencias, y pensemos en que el automóvil es ya una necesidad de la moderna vida. Mas, para poner las cosas en su punto, establezcamos una distinción entre automóviles enfrenados y automóviles desenfrenados; entre los que llevan su mano y los que llevan la contraria; entre los que van siempre por el arroyo y los que montan rápidamente en la acera; entre los que bocinean y los que callan, y tendremos que reconocer que no es lo mismo tafetán que hilo negro.

La calle se compone de acera y arroyo. Si mi mente no delira, la acera es para los peatones y el arroyo para los vehículos. Pueden los peatones verse en la necesidad de cruzar el arroyo, y, para ese caso, en las ciudades bien organizadas, los guardias establecen interrupciones periódicas del tránsito rodado, dando lugar á que cruce sin riesgo la gente de á pie. Esto lo he visto en París y Londres. En Madrid he visto

que los peatones tienen, á todas horas, invadido el arroyo, en el cual se estacionan en grupos de «una ó más personas», como decía cierto célebre bando, y donde desafían y retan á los coches, los menores de edad con suertes de toreo y ejercicios acrobáticos, los mayores con el maravilloso sosiego de su paso, como invitando á los artilugios á que sean ellos los que se paren y desvien. Y se forma una madeja en ciertas calles, que no hay medio de desenredar. Lo asombroso es cómo no se producen más catástrofes.

Ciertas velocidades deben tener sanción penal: no son lícitas. Yo no sé si figura este delito en el Código; pero, ¿cuándo con mayor razón se puede calificar de imprudencia temeraria un acto humano? Verdad tan palmaria, que no necesita demostrarse con argumento alguno. Y lo que digo del automóvil, lo hago extensivo, con mayor razón, á las motocicletas. Nunca las he visto ir á velocidades moderadas. Recientes están casos como el del choque con el automóvil en que iba la condesa de la Almina, y que prueban lo falso de aquel axioma: «Cuando uno no quiere, dos no riñen.» No basta que uno de los conductores proceda cuerdamente si el otro va «lanzado». (¡Dios nos asista!). Todos tienen, por turno, su parte de culpa. En las calles concurridas, el público se diría que busca la mortal caricia de la aleta. En las solitarias, en los paseos, en las carreteras, es el coche el que pierde los estribos queriendo ser «hipógrifo violento». En el camino que conduce al Tiro de Pichón, ¿cuántas veces he visto pasar una especie de centella, un automóvil que no daba tiempo ni para saber de qué color estaba pintada su carrocería!

¿Y las bicicletas? Estas son especialmente peligrosas en las aceras, porque, buscando su propia seguridad sin escrúpulos, las invaden. Puedo hablar por experiencia, pues en la acera me arrolló una bicicleta, ó, mejor dicho, dos, que iban al ras de los edificios, calladas y alevosas, á favor de la obscuridad en que nuestro Muni-

cipio tuvo á bien sepultar las calles de la urbe. Pocos días después de haberme puesto el brazo izquierdo á la manteca negra, y de obligarme á acudir á la clínica del Dr. Decref para no perder el movimiento de la extremidad, destrozó otra bicicleta, igualmente en la acera, el hombro de una infeliz señora, dejándola moribunda.

Verdaderamente, Madrid no está hecho para tan activo tránsito, para tal aglomeración de coches y viandantes. Su estructura, á despecho de las nuevas vías, es aún la del lugar más importante de la Mancha; y la mayor parte de sus vías piden el carromato, la carreta, la calesa.

Este desbordamiento de vehículos á la moderna es un nuevo aspecto del singular fenómeno que se ha notado después de la guerra: el incremento casi instantáneo; la hinchazón de humanidad que rebosa en Madrid, y, según se dice, en todas partes. Había yo leído en los libros lo contrario: después de las guerras largas y mortíferas, quedaban las naciones despobladas, envueltas en silencio y soledad. Así vi á Francia después de su desastre. Y he aquí que ahora en Europa—exceptuando algunas naciones especialmente castigadas—hay plétora de gente, de diversiones y de excesos suntuarios. En Madrid todos los teatros se llenan; surcan las calles centenares de lujosos trenes; si se cae un alfiler, no halla sitio, y hay que aguardar turno para gastar el dinero. Me decía un asombro una señora: «Fíjese usted: hoy todo el mundo tiene automóvil y collar de perlas.» Los historiógrafos futuros acaso necesiten mucha tinta para explicar cómo esta prosperidad y ostentación coinciden con el fin de la guerra más luctuosa y horrible.

Ya que estamos sentenciados á que cundan cada vez más los automóviles, procuremos, al menos, que no hagan pupa. Oblíguese á que ellos, y también las *motos*, y asimismo los autocamiones, lleven una marcha tolerable. Imponga su dominio la ley... Apenas lo escribo, cuando la desconfianza pesimista me abate. ¡La ley! La ley es la elevación de la costumbre á obligación común; y si la costumbre no existe, la ley carece de fuerza, de eficacia. Lo malo de los países en que no se ha cultivado sino la superficie, sin llegar á verdadera organización civilizadora, es que la costumbre está del todo divorciada de la ley. Muy pocas leyes bastan: las menos posibles; pero es necesario que respondan al espíritu de quienes las han de acatar y han de encontrar en ellas protección. Además, es preciso considerar á la ley como algo que no pierde vigor por la acción del tiempo. En las casas, cuando un cachibache aparece roto, se excusan los servidores alegando que «hace mucho que estaba así». Las responsabilidades y las sanciones no debieran prescribir porque pasó algún tiempo; pero, como el espíritu general no las exige, á los pocos días de ocurrir un desmán, hasta enojoso parece recordarlo. La prescripción no se cuenta por años, sino por minutos. Y con las transgresiones que cometen los humildes (error grave) es mayor la indulgencia, irrogando con ella sumo daño á los mismos á quienes se intenta favorecer. Es daño de los humildes que se permita jugar y retozar delante de los *autos*, y meterse debajo de ellos; es daño de los humildes que se consientan los racimos de chiquillos en la trasera del tranvía... Hasta no ha faltado quien me dijese: «Usted trabaja mucho para que no corra su *auto*... Sepa usted que con esa moderación de marcha, la gente se fía, y baila ante los *autos* como ante el Arca de David. ¿A que no bailan ante las *motos*, que ya se sabe que van como el rayo mismo, que dijo profetizando Calderón de la Barca?»

MUERTE DE LA EX EMPERATRIZ DE ALEMANIA



Augusta Victoria, Emperatriz de Alemania y Reina de Prusia, fallecida en Doorn (Holanda) el día 11 del actual, á consecuencia de una afección cardíaca, había nacido el 22 de Octubre de 1858. Era Princesa de Slesving-Holstein al contraer el 27 de Febrero de 1881 matrimonio con el Emperador Guillermo II

LA CONDESA DE PARDO BAZAN

FRONTE á las páginas de esta formidable novela de «El Caballero Audaz», siento yo la irresistible precisión de hacer unas cuantas afirmaciones desenfadadas y violentas, sugeridas, naturalmente, por la lectura de este libro, que ha puesto un ascua en las cenizas de mis recuerdos. El ascua misma que habrá inflamado otras muchas hogueras apagadas en el corazón de otros hombres. Y si, en efecto, las mujeres tienen corazón, en el de algunas mujeres también.

Hace muy pocos días he leído en una revista una exacta impresión, muy breve, de *La sin ventura*. Se decía en aquella impresión que en este libro el novelista coge entre sus brazos el cuerpo de la pobre «pecadora irredenta» y lo ofrece á la curiosidad de la multitud: «He aquí la mujer...»

No puede darse una sensación más justa, ni más precisa, ni más evidente. Eso es *La sin ventura*. Cuanto pueda decirse del libro ha de girar en torno á esa imagen, que es un acierto rotundo.

ooo

Justamente por eso no hubiera podido escribir *La sin ventura* ni un hombre desmedrado, ni un hombre tímido. Estas páginas habían de ser escritas forzosamente por un hombre alto, fuerte, desenvuelto y dominador. Un hombre que tiene hecha su visión del mundo desde un punto de vista colocado sobre las cabezas de los hombres y de las mujeres. Y así, ve á los corazones de un modo panorámico y empujado. Y hunde la mirada en el fondo del vivir ajeno, miserable y vergonzoso; en miserias y en vergüenzas y en dolores viven esos hombres y esas mujeres que nos ofrecen el espectáculo pintoresco de sus horas en las páginas de *La sin ventura*. Todo esto es lo que el autor toma entre sus brazos para ofrecérselo.

Y sin literatura, sin ficciones, sin alguna concesión lírica ni exaltada. He aquí el libro ideal que no tiene nada que ver con los literatismos. Tomamos sus páginas; leemos sus páginas; nos apasionan sus páginas... y no ha sido menester que para ello hiciésemos en nuestra vida un paréntesis. No se ha interrumpido nuestra vida. Seguimos viviendo como antes de empezar á leer y como después de haber leído la última página.

No es preciso desprenderse de la voluntad para someternos á la sugestión de la novela. No hemos modificado la trayectoria de nuestro espíritu.

No. Es como si de un modo cotidiano y habitual fuésemos á cambiar unas palabras con aquellos hombres y aquellas mujeres, que son, desde hace ya muchos años, nuestros amigos y nuestros enemigos. Esta noche iré yo á *Doña Mariquita* á ver cómo el Sr. España toma chocolate con mojiçón. Y antes, al Reina Victoria, porque Julio Monreal está fuera de Madrid y no se corre la contingencia desagradable de dar en el vestíbulo con su figura desmadejada y plebeya...

En cada instante de estos instantes nos acometerá el recuerdo de *La sin ventura*. Y al filo de la madrugada, ya de regreso á nuestro rincón, no acertaremos á determinarnos á definir si hemos vivido en esta noche un capítulo de nuestra propia vida ó si es que aún no hemos lle-



Portada de la novela de "El Caballero Audaz" "La sin ventura", original de Enrique Ochoa

gado á la última palabra de la novela de nuestro amigo José Mari...

ooo

He aquí el extraño libro que nos da la impresión alucinante de que no ha tenido principio ni ha de tener fin; como nuestra propia vida, de la que no podemos concretar el primer recuerdo ni la última esperanza. Ante la página primera de *La sin ventura* reanudamos la historia de la mujer que cruzó por nuestro corazón como la propia Margarita por otros corazones—Margarita se llama «la sin ventura», como la Dama de las Camelias, mujer asimismo desventurada—; no sentimos la impresión un poco fatigosa y un poco deslumbrante y un poco incierta que nos hace vacilar y temer ante la página inicial de todos los libros y que nos da la misma impresión en uno que en otro. Y al llegar á la palabra postrera, cerramos el libro sin la melancolía que nos acomete en todos los finales de todos los libros. Entonces no nos martiriza esa impresión de estar ante la emoción última que se aleja y que no ha de volver á estreñecernos porque perdió su virtud de cosa inédita. No. A Margarita, muerta y todo, volveremos á verla al día siguiente ó á la semana siguiente ó al mes siguiente... Alguna vez. Insepulta ó rediviva. Ahora, en la soledad de nuestro rincón silencioso y lleno de evocaciones y de aromas, nos ha contado desde este libro unos episodios de su vida. Mañana nos contará otros ó los mismos. O no... Pero guardaremos esta esperanza, que es una flor inmortal.

ooo

Para borrar las ficciones y el literatismo, hay que ser, sobre todas las cosas, no el hombre que escribe novelas, sino el hombre que las ha vivido, ó que, más elegantemente aún, ha gozado de la voluptuosidad de ser espectador de las vidas cercanas ó remotas. Sobre el arte de escribir novelas está el arte de saberlas vivir, y sobre este arte de saberlas vivir, el arte de saber ser espectador. Así, por ejemplo, la más alta cumbre de los hombres que hubieron de vivir una vida bella, fué nuestro bien amado Oscar

Wilde, que se absorbió á sí propio. El espectador genial de nuestro tiempo es Blasco Ibáñez. Por contraposición á estos valores se nos ofrecen otros dos: Unamuno, el desconcertante, y Pérez de Ayala, tan determinadamente cerebral. Oscar y Blasco significan el color y la cordialidad—la ironía de Oscar es ni más ni menos que una cordialidad demasiado íntima—. Unamuno, los márgenes de la vida. Pérez de Ayala, la austeridad profesional de una literatura de meditaciones, al modo místico. Pero he aquí que esta gran exaltación de la vida y de la sangre y de los dolores y de la voluptuosidad, tan sin clasificación, tan libre, tan sugestiva y tan resplandeciente y cálida y tan insumisa, y tan equidistante de todas las clasificaciones, es un valor nuevo concretado definitivamente en las páginas de *La sin ventura*, que afirman la posibilidad de que una novela produzca la misma hondura de emoción y de curiosidades que la vida.

ooo

Hay en esta resplandeciente «Ambarina»

un aspecto quizá poco determinado y que constituye la afirmación fundamental y valiente y cierta de su temperamento. Es á saber: que la pecadora profesional, la mujer que se subasta y vive balanceándose de unos brazos á otros brazos como un perrillo *lulú*, es amorosamente de una pureza desconcertante. Y así es la verdad. «Ambarina» ama una sola vez. Y ama al modo romántico; tan al modo romántico, que sacrifica su vida á su amor. Para el hombre de quien se enamora es avara de todos los pudores. ¡Oh, la bella paradoja de estas mujeres perfumadas y frágiles que derrochan su voluptuosidad sin amor y dan á sus amores un extraño culto al que ofrendan todos los recatos! ¿Qué tormento hay semejante á este tormento de la vida doble? ¿Y quién recogió jamás en las páginas de una novela, de un modo tan superficial y tan evidente, estas vidas espantables? ¡Pobres mujercitas irredentas, á cuyo encuentro sale el amor de un modo inesperado! Pobres mujercitas vencidas siempre en estas batallas, frente al olvido, y condenadas á no olvidar nunca! ¿Y quién podría ser feliz sin olvidar? Por eso «Ambarina» fué de este modo: irredenta, porque no pudo ser feliz. Y no pudo ser feliz, porque no la dejaron, cautiva del olvido...

ooo

En la vida, esta pecadora tuvo otro nombre. Todos hemos sido sus amigos más ó menos próximos. Todos hemos abominado de ese Julio Monreal que fatídicamente ensombreció la vida y la muerte de la pobre irredenta. Pero nadie puso sobre su recuerdo un responso tan emocionado y tan florecido como este espléndido novelista que ahora coloca su propio corazón sobre la tumba de la pobre «Ambarina». Ahora. En la Primavera. Cuando su voz de plata triunfaba en Madrid como el florecer inflexible de un almendro plantado en la calle de Alcalá. De un almendro que dejaba caer la lluvia acariciante de su voz sobre todas las juventudes. Y una Primavera murió y esta Primavera resucita.

¡La pobre!...

CEFERINO R. AVECILLA

TERCER CENTENARIO
DE FELIPE III

SUS ÚLTIMOS INSTANTES

ALAS nueve y media de la mañana del día 31 del mes pasado cumplieronse justamente trescientos años de la santa muerte de la Católica y Piadosa Majestad del Rey Don Felipe III, el Bueno; pues á dicha hora de igual fecha de 1621 entregaba, en Madrid, su alma á Dios, con las mismas palabras con que lo hiciese en el árbol redentor el manso y dulcísimo Rabi de Galilea...

Convaleciente aún de la grave enfermedad que le asaltara en Casarrubios del Monte, regresaba Felipe III á la Villa y Corte de Madrid, de su viaje á Portugal á jurar Príncipe heredero á su augusto hijo D. Felipe; «y se le experimentaba el semblante—dice el Marqués Virgilio Malvezzi en sus *Adiciones á la Historia de Felipe Tercero*—como de quien tenía poco gusto».

El 2 de Marzo fueron avisados los médicos de cámara para que visitasen á Su Majestad, que había pasado la noche notablemente indispuerto.

—¿Tengo calentura?—preguntóles el Rey con una bien significativa ansiedad, cuando le hubieron auscultado.

—No, Señor—respondieron—, sino es des-templança.

—No teneis razon. Calentura tengo, y grande, y con ella se ha acabado de llenar el vaso de esta naturaleza, y conozco que esta enfermedad me ha de acabar.

Inútiles fueron los intentos todos de los médicos para disuadirle de sus pesimismo é infundirle ánimos; el Rey manteníase firme en que se moría, y en verdad que fué una bien profética visión, pues sus fatídicos presentimientos tuvieron tan triste como plena realización. «Aquella misma tarde—sigue Malvezzi—le sobrevino erisipela, y ni esta, ni la calentura (de que no llegó á limpiarse) no le faltaron hasta que espiró.»

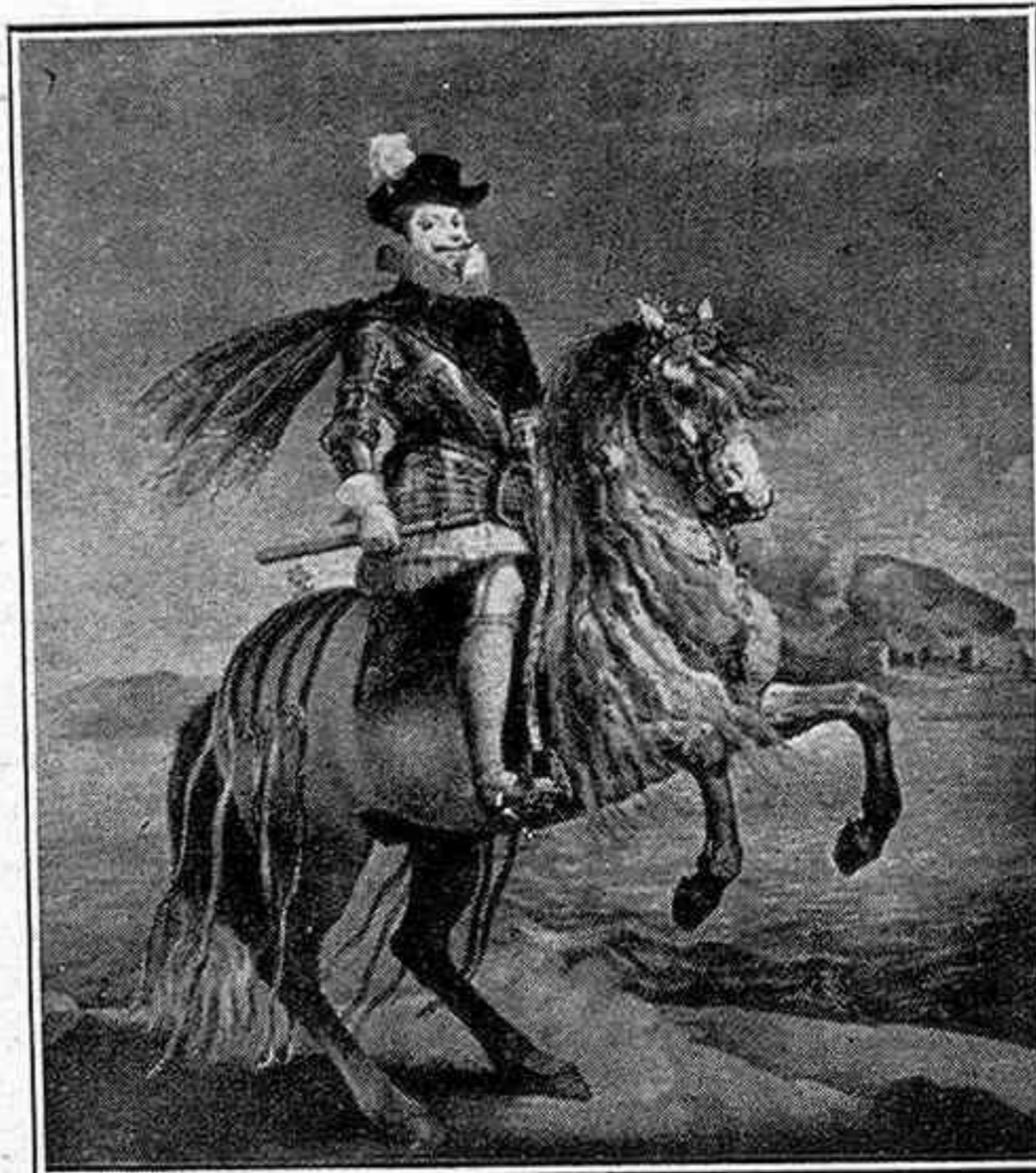
Así mantúvose con ligeras alternativas, pero en un estado sumamente abatido y melancólico, hasta el lunes 29, á las dos de la tarde, en que ambos accidentes—la fiebre y la erisipela—se agravaron con unas grandes congoxas. Entonces mandó al duque de Uceda le trajese de su oratorio un libro que se titulaba *Avisos del Bien Morir*, é hizo que se sentase á la cabecera de la cama y se lo fuese leyendo muy despacio. Unas dos horas duró la lectura, que escuchó con toda atención, no obstante las mortales congoxas que le acometían. Y como los médicos prescribiesen una medicinal bebida para confortar su débil corazón, así dijo al duque, cuando fué á dar:

—Otra bebida, espero en Dios, refrigerará mucho mejor mi corazón, que será el Santísimo Sacramento, por Viático, que he de recibir luego; decídselo así al Patriarca, para que lo disponga, y llamadme á mi confesor.

Tomó la medicina, con la que no encontró alivio alguno, tornando á pedir con instancias su confesor. Desde las nueve hasta las diez duró la confesión, á la terminación de la cual le fueron administrados el Viático y la Extremaunción, traídos ambos de la parroquia, y no de la Capilla real, por deseo del propio Monarca, «que quiso, en esto, igualarse al pobre jornalero—como escribe Baltasar Porreño en sus *Dichos y Hechos de Don Felipe Tercero*—, diciendo aquellas palabras de Salomón: *En el nacer y en el morir, todos somos iguales.*»

Luego llamó al duque de Uceda, y en su presencia y de otros Grandes, levantó el destierro á cuantos en él estaban, menos al cardenal duque de Lerma, su antiguo privado, «cosa que fué bien notable—como muy acertadamente hace observar Malvezzi—, ó porque no se acordó, ó porque hizo escrúpulo de su restitución»; y otorgó un codicilo (1) por el cual su gran modestia mandaba: «No abran mi cuerpo ni lo em-

(1) No parece armonizarse la existencia de este codicilo, en que convienen Malvezzi y Parreño, historiadores autorizados y fidedignos, por ser coetáneos de Felipe III, y muy versados ambos en cosas de aquella Corte—añadiendo el segundo, á mayor abundancia, «su Testamento ya lo avia otorgado en Casarrubios», con la cláusula LIII y última del Testamento de Felipe III, fechado el 30—el codicilo fué el 29—y que dice: «... y por este mi testamento revoco, y doy por ninguno, y de ningún valor y efecto, qualquier otro testamento, codicilo ó codicilos, ó qualquiera otra postrimera voluntad, que antes de él aya hecho y otorgado...» Como tampoco parece condordar el que éste esté otorgado «en Madrid á 30 de Marzo», y le hubiese ya hecho en Casarrubios, como afirma Baltasar Parreño.



“Felipe III”, cuadro de Velázquez

balsamen, y entiérrenme como pobre, con el menor aparato que se pueda; que tengo á gran merced de la Iglesia, que siendo Yo tan gran pecador, me quiera dar sepultura eclesiastica.»

Mandó luego que le trajesen sus hijos, y como llegase primero, acompañado de su ayo, don Baltasar de Liniega y de don Gaspar de Guzmán, conde de Olivares y gentilhombre de su cámara, el Príncipe don Felipe, así le dijo, si con conmovedor acento, con grande entereza:

—Os he llamado para que veáis en lo que todo jenece.

A poco llegaron los Infantes, acompañados de doña Catalina de Liniega, camarera mayor, y á quienes, luego de echarles su paternal bendición, dióles á cada uno especiales encomiendas. A don Fernando encargóle la Iglesia; á don Carlos, la defensa de la Fe, ciñéndole la espada de Carlos I para que con ella le imitase siempre, y á doña María, que rogase á Dios por su alma y que procurase ser santa como su madre y su tía la Emperatriz Doña María. Al príncipe le dijo entregándole un crucifijo:

—Tomad, hijo amado, que con este Cristo murió mi padre y mi abuelo; guardarle para cuando os veáis en esta hora, y El os enseñe á ser Juez justo. Hijo mio, mirad que aveis de morir como Yo muero; sed tal Rey, que no os pese de veros en esta hora; sed padre de pobres, zelador del Bien común y de la Gloria de Dios, sólo teniendo por injurias vuestras las que lo fueren de su Fe y Religión.

La enfermedad del Monarca adquiría una gravedad creciente, de la que el propio regio paciente era el primero en darse perfecta cuenta. Por lo que, viendo su muerte cercana y considerando la próxima y estricta cuenta que había de rendir al Supremo Juez; de tal modo asustóle la enormidad de las ofensas á Dios por grandeza y bondad de Dios mismo, que apoderóse de él un temor insuperable de merecer el perdón divino, y del temor cayó en el desconsuelo, y de éste en la desesperación, desesperación tal, que, dice Malvezzi, «todo era volver la cabeza á un lado y á otro, como espantado y atónito, diciendo: O! Quien no hubiera Reynado. O! Quien hubiera nacido un Hombre particular, miserable. O! Quien sólo hubiera sido un simple lego, sin más Oficio que la Portería de su Convento. O! Quien pudiera traer aquí á todos los Reyes del Mundo, para que tocaran su desengaño, viendo mi desconsuelo.»

Y no bastaban á consolarle todas las frases de consuelo y esperanza que le dirigían nobles, religiosos y cuantos le rodeaban, doblemente apenados y dolidos por la temprana muerte de tan amado Monarca y por el horrible tormento que para él sería aquella viva desesperación: espantoso estado en que continuó hasta la mañana del día 30, en que entró en la regia cámara el P. Gerónimo de Florencia, de la Compañía de Jesús, y predicador suyo, á cuya sola vista, como á la de una providencial y salvadora tabla en un naufragio, pareció reanimar el Mo-

narca; pues era muy grande el aprecio en que el Rey le tenía, por sus muchas y relevantes virtudes y por su sabiduría y prudencia.

Luego, á las dos de la tarde, y después á la una de la madrugada del día ya del fatal desenlace, tornáronle los escrúpulos con amagos de desesperación y angustiosas fatigas corporales; pero el sabio y santo jesuita supo deshacerse brevemente, devolviéndole la quietud y la calma, la última vez definitiva, porque ya no volvió á desmayar; antes al contrario, á las cinco de la mañana, con plena conciencia y manifiesta serenidad, hablóle al P. Florencia, que de su cabecera no se había separado:

—Mirad, que os encargo, que de mi parte le deis saludables consejos á mi Hijo el Príncipe. Qué digo Príncipe! Al Rey, que yo no soy ya sino un monton de tierra miserable.

Cogiendo luego entre sus manos el histórico crucifijo antes citado, oró largo espacio de tiempo, vertiendo abundantes lágrimas; terminada la cual oración, dijo, volviéndose á su predicador:

—Padre mio, no prediquéis ya otra cosa sino este horrendo espectáculo que veis: Decid al Mundo que digo Yo, que no sirve el ser Rey en esta triste hora más que de atormentar el averlo sido y causar grandísimos celos de parecer ante el Tribunal de la Divina Justicia. O! Quien uviera vivido estos veinte y tres años que he Reynado, en los Desiertos de Thebaida, pues al fin soy Hombre sujeto á la mortaja.

A partir de aquí quedóse en una imperturbable beatífica calma, hasta las nueve y media, al punto de la cual hora, sintiendo que era llegado su postrer momento, con la ansiedad cristiana—toda fe, esperanza y amor—propia del extremo caso, clavó los ojos en el crucifijo, que no había dejado de entre las manos, y exclamó con el Divino Mártir del Gólgota:

—In manus tuas, Domine, comendo spiritum meum.

Y dando tres luengas y profundas respiraciones, con la tranquila serenidad y la quietud santa de un justo, durmió en el Señor, miércoles 31 de Marzo de 1621, á los cuarenta y tres años casi de edad y veintitrés de su glorioso y pacífico reinado.

Al anoecer del viernes 2 de Abril, su real cadáver, despedido en la puerta del jardín del regio Alcázar por el nuevo Rey Don Felipe IV, y los Infantes, fué llevado á enterrar al Panteón de San Lorenzo el Real, acompañado de don Francisco de Mendoza, obispo de Pamplona, de don Juan Hurtado de Mendoza, duque del Infantado, su mayordomo mayor, de los mayordomos y gentilhombres de su cámara, pilla real, religiosos y monteros de Espinosa y custodiado por sus guardas de archeros y de guardias alabarderos.

Y allí, siendo recibido por los monjes del Real Monasterio, hallaron sepultura, donde duermen el sueño eterno, al lado de los de sus gloriosos progenitores, los mortales restos del no menos glorioso Rey Don Felipe III, á quien la posteridad, con estricta justicia, ha dado el hermoso y envidiable dictado de *el Bueno*.

Felipe III es el que ocupa, hasta el presente, el primer puesto, en cuanto á grandeza y poderío, en la historia de la Monarquía universal, pues que su reino llegó á extenderse, como ninguno, de un polo á otro de la tierra y desde el uno al otro confín; y así le pintan con un sol en la mano, para dar á entender que hasta donde llegan los rayos solares, hasta allí alcanzaba su poder. El olímpicamente soberbio y altanero lema de Hércules, *non plus ultra*, enmendado por su abuelo Carlos I, suprimiendo la latina partícula negativa, porque podía ir *más allá*—como fué—, pudo Felipe III apropiárselo, con toda exactitud y justicia, en su primitiva enunciación, al no ir *más allá*—*non plus ultra*—, porque no lo iba el mundo cuyos límites eran los de los vastos dominios de este poderosísimo Rey, que preferentemente á otros dictados, tan grandes como legítimos, y como síntesis suprema de todos ellos—piadoso, clemente, justiciero, bondadoso, caritativo, magnánimo, como puede verse en historiadores verídicos y fidedignos (sus coetáneos)—, mereció el sobrenombre de *Bueno*, que es su título más grande y su más encomiástico panegirico.

LUCAS GONZALEZ HERRERO

AQUÍ NACIÓ UN NOVELISTA...



Casa de Cabra (Córdoba), donde nació Juan Valera

FOT. CASTELLÁ

HE aquí una casa que tiene para los amantes de nuestras glorias literarias un fuerte poder de sugestión, una intensa fragancia evocadora, un bello prestigio empapado de recuerdos para todo el que guste de adentrarse en los campos magníficos del arte. En este edificio —de traza severa y de amplio balcón central, sobre el que se levanta la majestad de un escudo— vino al mundo, en un día otoñal de 1824, aquel sutilísimo ingenio de nuestra literatura, maestro en el estilo y la pureza, que se llamó D. Juan Valera y Alcalá Galiano, espíritu ágil y aristocrático, personalidad de poeta, crítico y novelista, corazón ungido de afectos puros, plenos de bondad, sencillez y distinción.

Fué en esta casa de Cabra donde se iba formando, durante los años infantiles, el espíritu del que luego había de ser glorioso representante de nuestra cultura literaria. Varones de gran ingenio y claro discurso frecuentaron las estancias de la casa solariega, sembrando en la mente inquieta de Valera las semillas que con el tiempo habían de convertirse en los más espléndidos frutos, reveladores del talento grande y el pro-

fundo espíritu que eran privativos del autor de *Pepita Jiménez*.

Habíanse ya apagado las llamas esplendorosas del romanticismo, fuego en que tantas almas se habían consumido; habíase hundido el reinado de Isabel II, *la de los tristes destinos*, Soberana caída del trono por las rojas nubes de una Revolución; desmoronábase rápidamente la República, y en estos días, inciertos y azarosos, era cuando triunfaba el arte exquisito de Valera, que, desengañado de la vida política, buscó en el recogimiento y la belleza de la literatura un placer hondo y puro que le desquitase de las falsías y las agitaciones de la existencia pública. Y fué entonces cuando nació, como una magnífica rosa en el campo de nuestra literatura, esa asombrosa novela que se llama *Pepita Jiménez*, verdadera obra maestra y áurea joya de arte á la que pronto seguirían, formando una triunfal diadema de belleza, *Las ilusiones del doctor Faustino*, *Doña Luz*, *El comendador Mendoza* y tantas otras grandes obras que fulguran en el luminoso cielo de las letras españolas como estrellas inmortales de mágicos resplandores...

En todas las páginas que son apoyo de la gloria de Valera, ríe la gracia amable y venturosa de Andalucía, región en que está enmarcado el pueblo del insigne novelista. El espíritu jovial, risueño y encantador del gran literato se transparenta bellamente en sus obras, que tienen toda la clara luminosidad del incomparable cielo andaluz. Y así poseen sus páginas, sabio reflejo del alma de su autor, toda la pureza del ambiente meridional; toda la multitud de matices y fragancias que hermosean los perfumados campos andaluces; toda la luz y la belleza del sol que lauza sus áureos resplandores sobre aquella maga región; toda la alegría y el optimismo que inundan esplendorosamente las almas de Andalucía, haciéndolas buenas, risueñas y soñadoras; toda la fresca armonía de las cantarinas risas de las mujeres de las provincias meridionales, claras risas de juventud y de amor que se deshacen en un loco trémolo de alegría, como el chorro de una fuente cristalina y musical...

En las obras de Valera—tipos risueños, desenlaces venturosos, descripciones llenas de luz—se siente palpar el corazón de Andalucía...

EL ENCANTO DE LA FERIA

(CUENTO)

Don Miguel, llevándose la mano á su barba plateada ya y pretenciosa, exclamó:
—¡Ay, amigo mío! La feria de Sevilla no es ya la feria de Sevilla...
Y don Juan apartó los ojos, arrugados ya por los años, del festín de la luz y los colores, para interrogar á su acompañante, que se hundía en el fondo de la «victoria»:

—¿Por qué no?

—Ya no es la feria de antaño. Había que verla en mis tiempos. Más de veinte años hace... ¡Cómo pasa el tiempo!—Hizo una pausa y, alzando el brazo como si quisiese abarcar todo el paseo hasta la pasarela—gallarda y luminosa en las sombras de la noche—continuó:—¡Aquellas ferias! La primera vez que vine yo contaba poco más de veinte años. Recuerdo que había logrado veinticinco duros, y, sin encomendarme á nadie, tomé el tren y me planté aquí. Al siguiente día se me acabó el dinero. Vendí un alfiler que me había regalado mi buena madre, y al otro día volví á quedarme en paz. Pero ¡qué dos noches! La risa era el loco estruendo de Sevilla. Toda la ciudad parecía una alegre carcajada de la tierra, una carcajada como un eterno rodar de cascabeles de plata. El trémolo de la guitarra era la canción de las calles, y los ojos de las mujeres las más bellas luces de la noche. ¡Qué días! Ahora, ya ve usted: un paseo cursi, unas muchachitas muy serias que llevan la peineta, la mantilla y el mantón como cumpliendo un deber establecido por las Ordenanzas municipales—parece que se atavían así para que no las multe el alcalde—y un desdichado cuadro flamenco esperando la visita de los ingleses que van á verlo como van á las ruinas de Itálica... La feria ya no es la feria...

—Y ¿por qué no? Las muchachitas de ahora son como las de antes... No. Las muchachitas de ahora son más guapas, ¿verdad?—y rió—. El paseo es el mismo, el azahar perfuma como todas las primaveras y el cielo azul tiene la augusta serenidad de siempre, con el resplandor escintilado de sus estrellas, que alumbran la alegría sevillana. ¿Qué quiere usted?

—Sí..., está bien; pero nosotros nos aburrirnos!

Callaron los dos, siguiendo lentos en la lenta cabalgata de carruajes. Bajo la comba azul del cielo, espolvoreado de temblorosas lucecitas de plata, la ciudad mostraba la alegría desgarrada y brillante de su feria. Brillaban, como incisiones en la sombra de la noche; los farolillos venecianos de las casetas—rojos, amarillos como débiles luces chinescas y rameadas—; sus titileos de luz resbalaban por la espuma blanca, roja, dorada de los mantones de manila. Y, sobre el bullicioso enjambre humano, se repetía la curva de los arcos sembrados de lámparas eléctricas, como collares de brillantes deslumbradores que hubiesen de caer sobre las sedefas gargantas desnudas.

Don Juan encendió un pitillo, alzando el fósforo en su mano ya temblorosa, y, lanzando al viento suave una tibia bocanada blanquecina, exclamó:

—¿Se queja usted de la feria! Es injusto. Quéjese de sí mismo, de sus cincuenta años, de sus achaques...

Don Miguel descruzó las piernas y quiso hablar; pero don Juan le detuvo con el ademán y continuó:

—Sí, amigo mío, nos aburrirnos; usted con sus cincuenta años... ¿No? Bueno; con sus cuarenta y tantos, y yo con diez años más. Pero la culpa no es de la feria: es de nosotros mismos...

—¡Oh, nó! Recuerdo que en mis tiempos...

—¿En sus tiempos!... ¡En sus tiempos! Todos los tiempos son mejores que el pasado. No haga usted caso de Jorge Manrique. El día mejor de nuestra vida es el que estamos viviendo, y el día supremo de nuestra vida aguarda siempre en la curva del porvenir. Lo que hay es que la juventud se lleva muchas cosas y nos parece que se llevó las mejores porque no miramos á las que tenemos. Y entre las que se lleva está esa del encanto de la feria, que ahora le parece á usted más encanto porque pasó ya y pasó por su vida en la riente claridad de su juventud...

—Acaso sea verdad lo que usted dice; pero también es que las costumbres degeneran. A la feria le falta hoy un ambiente, un calor, un no sé qué...

—Le diré á usted lo que le falta á la feria—y dirigiéndose al cochero:

—Oye, vuelve despacio, muy cerca de las casetas, para que veamos bien á las muchachas... Pues sí, amigo don Miguel, yo le diré lo que no tiene la feria, lo que perdió para siempre.

Hizo una pausa, dió una chupada al pitillo y, sacudiendo la blanca ceniza fuera del coche, empezó á hablar:

—Usted sabe que apenas si salgo de casa. Hace algunos años que me recliné en la tibieza del hogar, un poco obligado por el maldito reuma y otro poco desilusionado por la frialdad de los malditos años. En el otoño último

empezó la dolencia del corazón; caí en cama. Dicen que estuve muy grave; pero, por fortuna, salvé aquel tropiezo, y las noches nevadas de la Pascua pude pasarlas entre los mios, restablecido y otra vez fuerte y animoso. De aquel percance salí con unas ansias enormes de vida; me pareció haber visto demasiado cerca las sombras de la muerte y amé con indecible voluptuosidad la posesión de la vida; quise agarrarme fuertemente á ella para que mis ojos no se cerraran nunca á su deslumbradora claridad. Nació este afán de un amargo convencimiento: me había dado cuenta, de pronto, que se despidió ya la juventud y que las ruedecillas del engranaje de la vida se iban poniendo mohosas y caminaban con mucho trabajo. Venimos al mundo con un haz de fragantes ilusiones, como flechas que han de lanzarse al azul; vamos caminando, y una buena mañana, cuando creemos que aún es nuestro todo el divino tesoro, miramos las manos y están vacías. ¿Cuándo fué la siembra de nuestras ilusiones? ¿Cuándo las perdimos? ¿Cuándo disparamos al cielo nuestras flechas? ¿Qué sabe nadie! Pero ya no tenemos nada en el hueco de las manos. Y entonces queremos, desordenada y atropelladamente, recoger el caudal que se llevó el viento, como agua clara filtrada entre los dedos. Por esto pensé que debía volver á vivir el pasado para buscar en él las huellas de mis flechas perdidas...

Don Manuel se sonrió ligeramente:

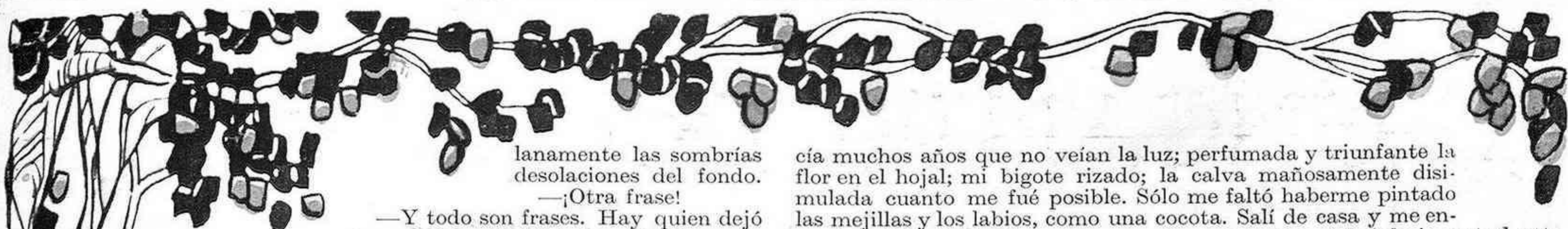
—No olvida usted nunca la literatura. ¿Qué floridamente relata lo que al fin no es más que un universal deseo humano: agarrarse con ansia á la vida cuando empieza á perderse!

Don Juan protestó con el gesto:

—¿Y le parece mal? Hay que poetizar la forma, para que encubra ga-



—Varela de Seijas—



lanamente las sombrías desolaciones del fondo.

—¡Otra frase!

—Y todo son frases. Hay quien dejó su nombre en la historia y sólo hizo una frase.

—Bueno; cuénteme usted, que ya quiero saber el por qué de la decadencia de esta feria, en la que hay gente que se aburre, cosa que no ocurrió jamás.

—A ello iba. Bien. Quise volver á vivir intensamente, no dejar que pasase una hora sin que llevara una emoción. Y rompí mi voluntario enclaustramiento. Volví al Círculo, volví al teatro, frecuenté las comidas mundanas, las noches del Ritz y del Palace. Tuve lindas amistades, ¡ay!, platónicas—y sonrió—que sólo me costaban un ramo de flores ó una caja de bombones. Alguien hubiese dicho que era un viejo disoluto. Pero, amigo mío, ¡cómo me aburría y cómo me martirizaba el maldito reuma! Pensé que todo había envejecido

como yo, perdiendo la divina fragancia que perfumó mi juventud. El mundo tenía dolores de reuma y renqueaba también andando difícilmente...

Don Juan se detuvo un momento. Paseó los ojos por la feria; miró, entornándolos, á una muchacha morena y sevillana, envuelto el busto en la púrpura bordada de un mantón, lanzó otra bocanada de humo y continuó:

—Aguardaba, febril, no obstante, unas noches que fueron inolvidables en mi juventud: las noches de Carnaval. Nunca había gozado tanto la alegría de mi vida como en mis bailes de máscaras. Por ellos paseé la prestancia de mis veinticinco años, con una mujer bella al lado y con una suprema ilusión en el alma. En ellos conocí mis más sabrosos amores de unas horas, de unos días. Acodado en una mesa, en el fondo de un palco, junto á una linda cabecita rubia, si los hubiese sabido entonces, habría dicho los versos de Rubén:

Tus labios escarlata de púrpura maldita
sorbían el champaña del fino baccarat.

Y, á pesar del reuma y de los años, esperaba desesperado esas noches de Febrero para revivirlas.

Llegaron, al fin. Llegó la noche aguardada como aguarda la blanca prometida el misterio de la cámara nupcial. ¡Más de dos horas estuve frente al espejo vistiéndome para rendir los honores debidos á la ilusión que volvía! Blancas, en la blanca pechera del frac, las gotas de las perlas, que ya ha-

cía muchos años que no veían la luz; perfumada y triunfante la flor en el hojal; mi bigote rizado; la calva mañosamente disimulada cuanto me fué posible. Sólo me faltó haberme pintado las mejillas y los labios, como una cocota. Salí de casa y me encaminé al Real. En el camino pensaba que lo que se fué de juventud, estaría compensado por la abultada existencia de la cartera.

Y entré en el baile.

—¿Y qué?

—Había llegado muy temprano. Empecé á dar vueltas por allí, buscando los recuerdos del pasado. Al principio el corazón me saltaba de gozo. ¡Oh, la aventura ideal!... Pronto empezaron los crueles alfilerazos del reuma. Me cansé. Anduve buscando un refugio. Pasó el tiempo; se fué llenando el salón; acudían los disfraces chillones, las risas, las palabras en voz alta, que flotan un momento sobre el murmullo de la gente, la música... Todo me parecía un poco triste, desteñido, como harapos sucios de antiguas sedas maravillosas. La luz no tenía claridad. El ruido me aturdí a mi lado y no supe retenerla. Apoyado en el quicio de una puerta miré el baile. ¿Y aquello era mi ilusión? No; aquel no era mi baile; le faltaba algo que fué su encanto. Miré atentamente la concurrencia. ¿Cómo podían divertirse? Otra máscara me pidió que la invitase á cenar. ¡Triste cena la nuestra: ella frente á mí y yo aburrido! La dejé y volví al salón, sintiendo la pesadumbre de la ilusión que estaba enterrando. Llegué á indignarme, pensando que el mundo me había robado mi baile, transformándolo estúpidamente.

En esto llegó á mi lado mi sobrino Carlos, quien me ha traído á Sevilla. Usted le conoce...

—Sí, el hijo de su hermana...

—El mismo; un guapo mozo de veinticinco años. Traía el frac lleno de confetti, el pelo desmelenado, los ojos brillantes, las mejillas encendidas y el paso no muy seguro. Todo él olía á champaña, á perfumes de mujer, á ese acre olor de la humanidad bulliciosa. Se abrazó á mí, y, dejando caer la cabeza sobre mi hombro, me dijo: «¡Ay, tito! ¡Qué noche!...»

Don Juan calló. Cruzó las piernas, encendió otro pitillo y:

—«¡Ay, tito! ¡Qué noche!» ¡Como las mías, cuando tuve veinticinco años! El baile era el mismo... La feria es la misma, querido don Miguel. A usted y á mí es á los que les falta algo. Nosotros no somos los mismos.

Siguió el coche lentamente entre la lenta cabalgata de carruajes. En el perfume de los azahares venía la música de las casetas y el rítmico son de los crótalos.

Y, sobre las negras cabezas, al compás de las «sevillanas», se alzaba —pendientes de los dedos finos las cintas de seda rojas y amarillas como leves llamaradas—la morena palidez de los brazos desnudos.

José VENEGAS

DIBUJOS DE VARELA DE SEIJAS



Varela de Seijas

UN VIAJE DE PRIMAVERA LAS RUINAS Y LOS RUISEÑORES DE ROMA



Plaza de San Pedro, en el Vaticano, y panorama de la ciudad

AHORA que la luz alarga las jornadas y se tornan los días serenos y tibios, si en alguien naciera el deseo de emprender un viaje de recreo y no se le destaca el punto de su destino, me atrevería a proponérselo: Roma. En toda estación la inmortal Ciudad es atrayente; pero al desbordar de su seno la Primavera se produce tan pintoresco contraste entre la dulzura añorada de los nuevos brotes y la gravedad senil de los magnos recuerdos que la urbe evoca, que da lugar a una de las emociones más exquisitas del mundo. Por los vestigios de la antigüedad, los caídos mármoles, las derrumbadas aras, ó por las reliquias del pasado cristiano, trepan los rosales silvestres, y de los laureles que el ruiñeñor toma de facistol para solfejar sus cánticos se difunden dulces melodías. Entonces, viendo dibujarse en el cielo juvenil, profundamente azul, las columnas de los monumentos antiguos, hoy arruinados; viendo aquellas colinas que antaño fueron soporte de los más altaneros palacios imperiales, pasto, á la sazón, del tropel de las ovejas lascivas; contemplando en aquellas calzadas, vacías y maltrechas, por las que transitaron los soldados que condujeron la civilización romana hacia los países que no habían aún nacido á la Historia, pasar á una hacendosa fila de hormigas; sintiendo, en suma, la reconquista por la Naturaleza de aquel paraje que fué obra soberbia

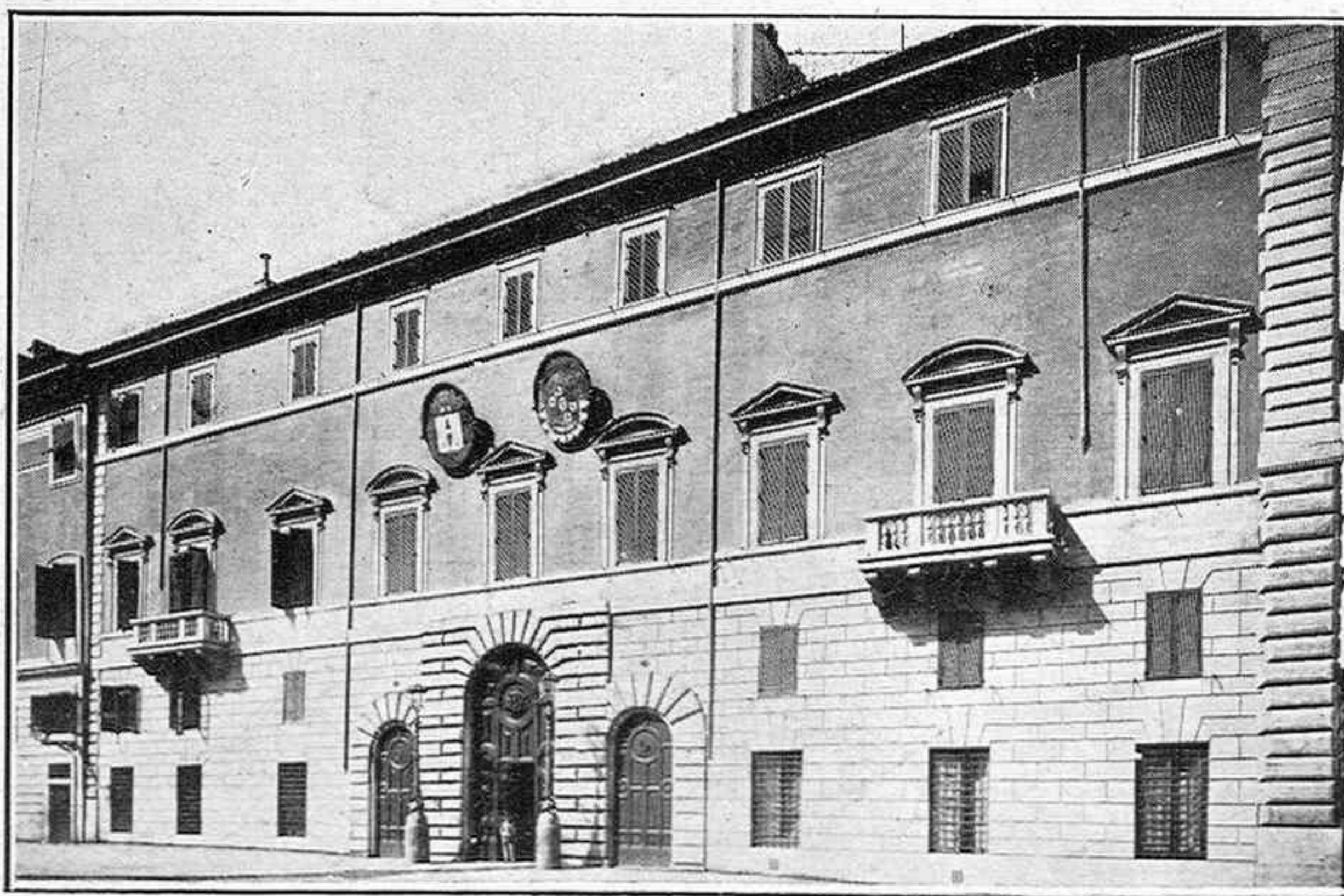
del hombre, en todas las almas latén las últimas preocupaciones nobles y se sienten pasar, con los hálitos de la fresca brisa, ráfagas de poesía. Roma pone en este trance de interesarse por los destinos humanos (preocupación asidua de un grupo muy reducido) á todos los espíritus despiertos que la visitan.

En efecto; quizá otras ruinas, como las asirias y egipcias, aventajen en magnitud á las romanas; pero ninguna, ni las mismas griegas, se les pueden equiparar en punto al interés que para

nosotros, los occidentales, tienen. Roma es la Ciudad más visitada por la curiosidad universal; pero si á todos llama, especialmente solicita á los pueblos que nacimos de su esfuerzo y del que aún conservamos pruebas indelebles, como el puente de Alcántara, en pie, los días que corren, sobre la corriente del dorado Tajo; el arco del Triunfo, en Mérida, y el Acueducto de Segovia; dádivas que Roma hizo á España, y que, sin embargo, no se pueden comparar con el regalo inmortal que también la otorgó y que fué el habla

en que la raza española se expresa desde el Levante del Mediterráneo hasta el Occidente del Pacífico. España ha sido misionera de civilización; ha llevado la luz de la Historia á las selvas oscuras de América, habitadas por los indios; cuenta, pues, con pueblos que le deben gratitud por esta merced, cual son los americanos, que le confieren tratamiento de *madre España*. Nada en verdad más justo y legítimo. Pues, en realidad, en la misma situación en que se halla América con España se encuentra España con Roma: lo que fué España para América, lo fué Roma para España: origen de civilización, antorcha portadora de claridades de Historia, abridora de rutas, fundadora de ciudades.

Delicioso resulta pasear tales pensamientos, en las mañanas de Abril y Mayo, por los rincones del Foro Romano. Aspirando aquellas dora-



Palacio de España en Roma

das horas del clima romano en que ya se insinúa el fogoso Mediodía, es de insuperable belleza la perspectiva histórica que desde aquellos escombros se domina y en la cual aparecen los antiquísimos españoles, contemporáneos de las ruinas, á la manera de los indios americanos, antes del descubrimiento de nuestras carabelas, como unos ariscos y selváticos flecheros.

Canta divinamente el ruiseñor en el laurel próximo; saben á gloria las rosas que la brisa inquieta. ¡Pagado el tributo de gratitud á los escombros, Roma es tan grande como sede universal cristiana! Porque la ciudad de los mármoles paganos es también la de las campanas católicas.

Si el Foro es el ombligo ideal de la Roma civilizadora, lugar por donde asomó el alba de la vida española, el obelisco que está en la plaza de San Pedro, entre los dos esbeltos chorros de las fuentes, palmas de agua, es el centro de la Roma religiosa. La plaza del Vaticano es el consumado espectáculo de la encarnación del Orden en la tierra. Maravillosa es la armonía que allí preside, desde los anchurosos trazos en la robusta sucesión de las dobles columnas de los soportales semicirculares, en la muchedumbre aérea de Santos que coronan los aleros, hasta los menudos pormenores de las piedrezuelas que señalan dibujos geométricos y los poyos de piedra que ciñen con su redondel al eminente obelisco. Jamás el espíritu, en su alianza con el humano poderío, fraguó creación tan perfecta. Las emociones solemnes de autoridad, orden y universalidad que de esta visión se levantan culminan en el interior de la Basílica, triunfo hecho templo de la universalidad religiosa. No se hallan allí las angostas naves que recogen las oraciones nacionales, sino las anchurosas bóvedas que luminosamente se tienden á cobijar á todos los pueblos.

De estas dos Romas, la religiosa y la histórica, que en el Vaticano y el Foro tienen sus mayúsculas, ¡cuál no es la sucesión inagotable de epi-



Iglesia de la Trinidad de los Montes

sodios menores en el recinto espacioso de la Eterna Ciudad! Aquí están las galerías pintadas inmortalmente por Rafael; el formidable *Juicio final*, de Miguel Angel; allá, el Foro de Trajano, con la corpulenta columna erigida á la memoria del primer colonizador español, el Hernán Cortés andaluz, fundador en Oriente de la Rumania, «la tierra que ve del sol la cuna»; de una parte, las catacumbas de los primeros fieles y el Anfiteatro de los mártires; de otra, la populosa, un día, Vía Apia, que ogaño asemeja una vereda de Camposanto, y el romano puerto de Anzio, del que aún se conserva una plaza en que asentaban sus oficinas los corredores marítimos, y entre ellos uno, por cierto, español, que había enlosado su pavimento con el mosaico, figurando el tema de un toro al que le da un quiebro un celtíbero que, sin duda, era ya aficionado, hace dos mil años, á la tauromaquia.

Es que, probablemente, á ningún pueblo del mundo evoca tantas cosas la Ciudad Eterna como al español. De todos es sabido que cuenta

el nuestro con una de las más bellas plazas de Roma portadora de su nombre: la plaza de España, al pie de la romántica escalinata que sube á la Trinidad de los Montes. En pasados siglos España ejercía ahí jurisdicción de autoridad, en torno al vetusto y anchuroso palacio que albergaba, y alberga, á la representación diplomática cerca del Santo Padre. Por los días de la Primavera los bordes de las gradas de la Trinidad, cerca de la fuente barroca, llamada *La barcaza*, ya que su piedra tal asunto figura, se llenan de las flores meridionales, exhibidas por las vendedoras, que al pasajero invitan á la alegría con su color y su fragancia.

La caída de la tarde, hora exquisita, es en Roma emocionante: famosa es la pureza del Cielo que cobija las Siete Colinas; veces hay en que el azul de las alturas es tan fresco y tímido al anoecer como á la alborada. Pues el ocaso derrama oleadas luminosas de purpúreas tintas que se proyectan en rojos reflejos sobre la corteza de los pinos.

Para gozar de los últimos acordes de luz con que el atardecer envuelve á la ciudad, hay itinerarios distintos que conducen á alguna eminencia: entre ellos está el paseo de la Villa Borghese, que conduce al montículo del Pincio. El vagar por ahí unos instantes, durante una caída de sol, constituye recuerdo imborrable. Tiéndese al pie de la ruta el caserío de Roma, debajo del piélago del aire, surcado por escuadrillas de vencejos, y descuella al fondo el cupulón de la Basílica de San Pedro, obra perfecta de Miguel Angel.

Suenan entonces algunas campanas, y el pensamiento se dilata hacia el mundo: las lenguas de bronce de San Pedro pastorean á las campanas católicas. Debajo de una copuda encina un surtidor ensalza el chorro de agua y sobre la goteante taza nace y muere...

RAMÓN DE BASTERRA



El templo de la Concordia.—Foro romano

LA MODERNA BARCELONA



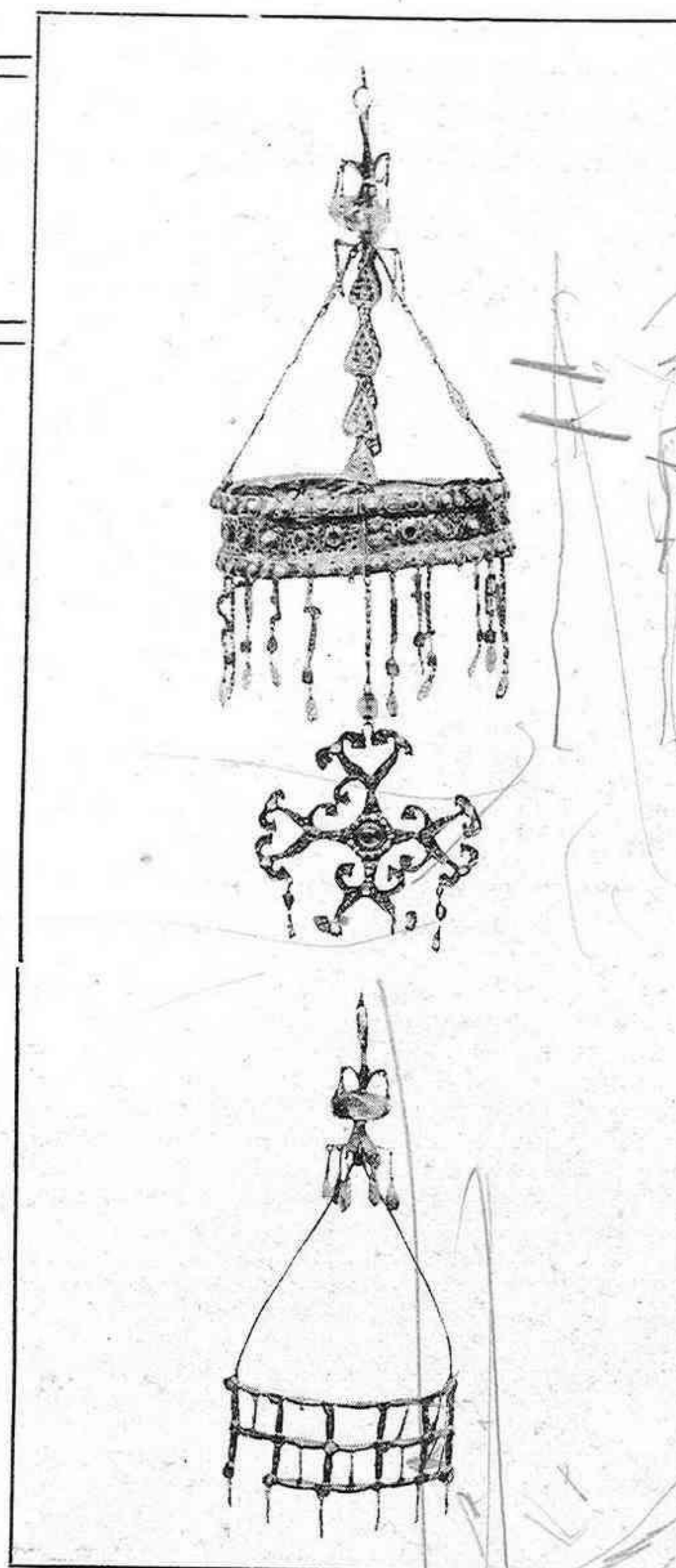
Aspecto de la calle de Pelayo, una de las vías más características y populosas de la gran urbe catalana
APUNTE DEL NATUBAL, POR BRUNET

LADRONES AUDACES

Uno de los grandes encantos del barrio Latino es Cluny, y una de las sugerencias más vivas de Cluny, para el español artista, es el tesoro de Guarrazar. Allí, frente a las coronas de los reyes godos, hemos hecho consideraciones melancólicas; dos veces, ó tres veces, bizantinas. Bizantinas por el arte del orfebre; bizantinas por la decadencia, acabamiento y dispersión del imperio que tras breve grandeza se vió obligado á enterrar esas joyas en tierra toledana para dejarlas dormir sepultadas trece siglos; bizantinas, por la humillación de ver esas reliquias vendidas y expatriadas... Yo no sé cómo, no sé por qué arte mágica é ilusoria, Recesvinto se nos convertía allí, en París, en un antepasado, y Sónnica—¡qué fácil imaginar la rubia cabellera veneciana bajo el oro viejo de la corona y la transparente esmeralda!—, Sónnica la reina, ó la bien amada, nos parecía una figura familiar. Es muy bello Cluny; pero nuestras joyas en la vitrina arqueológica lucían airadamente, como en el escaparate de un anticuario.

Y ahora, lo poco que nos quedaba aquí del tesoro de Guarrazar se lo ha llevado un sujeto del que no sabemos más, á estas fechas, sino que es joven y pálido de rostro. Faltan dos coronas, y una de ellas la corona de Suintila; florones de oro y piedras preciosas, orlas y piedras sueltas, en número que poco á poco irá creciendo, como ocurrió con la desaparición de las alhajas del Delfín.

Si es un ladrón vulgar, notable sólo por su audacia, esas joyas no representarán para él sino el valor material, con el considerable descuento á que se someten por tradición tan peligrosas transmisiones de propiedad. La moral, el Código, la cárcel, median para proporcionar al comprador de estos bienes recién «expropiados» una ganancia usuraria, en perjuicio del que ha puesto su trabajo y su riesgo. Son las quiebras del oficio de ladrón, en general. Pero puede ser un ladrón consciente, un profesional de los robos de museo, un perito que no se contenta con tasar, un *amateur* activo que ha leído á Octavio Mirbeau y conoce las tentaciones que duermen en las vitrinas; es decir, un espíritu intensamente comercial, que ha querido poner en circulación riquezas hasta ayer inmóviles, y corre el albur de lanzarlas por su cuenta al mercado. Cabe también la tercera hipótesis: que el ladrón



Objetos robados en el Museo de la Real Armería

haya trabajado por cuenta propia, por amor, por pasión, y no pasión de codicia y lucro, sino de arte y de belleza. Declaremos que este último caso tiene muy pocas ocasiones de presentarse, y que en el cálculo de probabilidades casi debemos dejarlo descartado.

La primera hipótesis, la más probable, es también la más odiosa. Si fuera cierta, habrían desaparecido estos vestigios venerables, que no sólo

LA CORONA ROBADA

por ser viejos merecían vivir, á impulsos de una fuerza destructora tan ciega como el óxido ó como el fuego. La destrucción le daría al bárbaro que ha podido más que catorce siglos, un puñado de monedas, quizá unos cuantos billetes. Y esto sería todo. En la otra hipótesis, la del ladrón que sabe lo que hace, el tesoro, aun disperso y desparramado por el planeta, sigue vivo, testimoniando su existencia en instalaciones parciales. ¡Dios sabe dónde tendrán que ir á ver nuestros nietos y los nietos del hábil ladrón, dentro de unos cuantos años, la corona del rey Suintila!

Quizá sea en un sitio menos apretado de memorias vivas que el Museo de la Armería Real, pero más á propósito para museo. ¡Hay demasiadas cosas; se oprimen y se amontonan y se confunden tantos recuerdos, y tan magníficos, en las salas de la Armería! Claro que esta instalación es provisional, y el verdadero museo, más tarde ó más temprano, irá á parar al palacio adjunto, del que hoy es modesto pabellón ó proclonjuntio pegadiza. Como faltan algunos trámites todavía para que ese traspaso sea posible, el robo de la corona de Suintila servirá para que nuestros técnicos estudien la mejor forma de ir poniendo los tesoros de nuestro pasado al alcance de los ladrones presentes y futuros.

Y ¿no servirá también para que alguien se acuerde del rey Suintila? Yo, por mi parte, no quiero cometer á conciencia la desatención de pensar en la corona sin pensar en quien la recibió como un tributo de sus súbditos. Además, tiene interés novelesco la figura de este rey godo que vivió tres vidas. Primero, la vida de monarca noble, valeroso y justiciero; corazón arrojado y bondadoso; más atento al gobierno que á sus comodidades; guiado por las tres virtudes del poder: Justicia, Prudencia y Experiencia. Luego, la vida de placeres y delicias en el seno de la paz, el amor y la blandura, la debilidad del ocio y la entrega de la voluntad en las blancas y rapaces manos de una mujer. Luego, una tercera vida, la más digna quizá, cuando Suintila abandona su trono, á requerimientos del pueblo, de los nobles y del clero, se retira á la soledad y dejando en manos de otro caudillo esa corona que ahora acaba de llevarse un joven pálido, de gorrita blanca.

LUIS BELLO

LAS CORONAS DE GUARRAZAR

El escandaloso robo de las coronas visigóticas que se guardaban en la Armería Real reclama de nosotros que recordemos algunas noticias para informar á los lectores de «Prensa Gráfica», á fin de que se percaten de la importancia que ha tenido este hecho delictivo, tanto bajo el punto de vista del Arte, como del valor intrínseco de lo robado.

En 1860, un agricultor que labraba su campo en un despoblado de Guarrazar, cerca de Toledo, sacó enganchada en la punta de la reja del arado una especie de aro dorado cuyo uso no le era conocido, aunque bien creyó que sería restos de algún perol ó caldera de cobre. Intrigado, sin embargo, al notar en el referido objeto ciertas labores y calados impropios de aquellos utensilios, guardó silencio acerca del hallazgo, y en los días subsiguientes dedicóse á remover el terreno, encontrando hasta doce coronas votivas de oro y pedrería.

Aunque el descubrimiento no estuvo muy secreto, nuestro proverbial abandono fué causa de que de esas doce joyas que constituían el llamado *Tesoro de Guarrazar*, nueve fuesen á parar al Museo de Cluny, en París; las otras tres,

después de haber estado algún tiempo, poco, en nuestro Museo Arqueológico Nacional, fueron llevadas á la Real Armería, de cuyas vitrinas han desaparecido.

Las coronas eran de una magnificencia verdaderamente regia, sobre todo la perteneciente al rey godo Suintila.

Están formadas por un aro bastante ancho, que en las más pequeñas afecta la forma de barras cuadradas, y en las mayores consiste en dos placas de oro, una interior y otra exterior, cuajada de pedrería, perlas montadas en cabujón, rubíes, zafiros, topacios y balajes, cubriendo los espacios intermedios sencillos calados.

Las mayores tenían pendiente del centro una cruz ó una letra inicial, y de la arista inferior del arco cuelga una inscripción de letras sueltas, como la de Suintila. Todas ellas llevan prendidas en el borde superior del aro cuatro cadenillas que se unen en la parte de arriba por medio de una anilla que sirve para colgarlas, lo cual demuestra que no se usaban como cubrecabeza, sino como exvotos; la de Suintila tiene mucho más diámetro que el de una cabeza de gran ta-

maño, y era la más lujosa y artística de cuantas constituían el *Tesoro*.

Debió ser construida del año 624 al 631, y acaso ofrecida como memoria del triunfo alcanzado por el Rey sobre los vascones insurrectos y los griegos imperiales del Mediodía. Pertenecen, pues, estas joyas al siglo VII, y han sido objeto de muy interesantes estudios de los arqueólogos españoles y franceses.

Se cree que estas coronas pudieron estar colgadas en un santuario que habría en el sitio donde fueron halladas, y que sería destruido en las luchas civiles que dividieron al reino, ó por la saña de las creencias arrianas, que no cesaban de agitarse á pesar de los Concilios.

El robo cometido en la Armería priva á España de unas joyas de gran valor histórico y arqueológico, falta imposible de reparar por la escasez de esta clase de objetos; y como tememos que á las pocas horas de cometido el delito hayan sido transportadas al extranjero, ó acaso fundidas dichas coronas, juzgamos irremediable su pérdida.

ANTONIO PAREJA SERRADA

LAS JOYAS DE LA PINTURA



EL JARDÍN DEL AMOR

Cuadro de Rubens, que se conserva en el Museo del Prado



LA MODA FEMENINA

La primera de las figuras que aparecen en esta página tiene á bien — ¡y qué bien hace! — lucir un traje de gabardina azul marino con faja de la misma tela, primorosamente bordada de gris perla. El camisolín es de organdí; lleva, como ven ustedes, cuello alto y corbata — conste que este detalle favorece poco —; la chaqueta es amplia, corta y termina lucidamente en esos picos que van ribeteados, como la falda.

El traje de la segunda figura es entero y de *tricotine* negra, con bordados blancos á punto de cadeneta; cinturón estrecho, estilo «fantasía».

El tercero de nuestros modelos está hecho de *tricot* «marrón», y va guarnecido con trencillas color cuero; la chaqueta, que es — á la vista está — muy ancha, lleva el mismo adorno.

Y, en fin, la cuarta y última *toilette* decide que su indumento sea de *charmeuse* color topo, cuyos bordados, hechos con lanas finas, ostentan distintos y claros tonos. La túnica está formada por tiras anchas que descubren — y ello se nos antoja un acierto — esa airosa falda de igual color al del adorno.

Los sombreros de primavera se encargan de confirmar lo que se venía diciendo antes de que llegara la juventud del año: que son, ó reducidos, ó voluminosos; abominan del término medio. ¿Están en lo firme?

Estos cuatro figurines se complacen en demostrarnos que por práctico y elegante que sea el «traje-sastre», tiene muy poderosos rivales en los llamados de «fantasía», que son más *pimpantes*, más personales y, por regla general, «de más vestir».

En cuanto á hechuras, habrá aquello de *l'embarras du choix*, empezando por el «bolero» á ras del talle (forma que un gran modisto se ha encargado de resucitar), y siguiendo por «lo ablusado», ó «de una pieza» y, sobre todo, por lo que estos figurines indican.

Como tejidos á *succès* tenemos — eso de «tenemos!»... —, á más de los ya mencionados, y de otros que iremos señalando en estas croniquillas, el cachemir, el raso y, sobre todo, el crespón mate.

En esta linda é incomparable tela reinan matices no menos bellos: turquesa, albaricque, rosa antiguo, coral, arena, naranja, marfil ó rojo veneciano.

Es de presumir que Doña Moda seguirá mostrándose caprichosa y tirana. Las presumidas nunca le guardan rencor; la obedecen siempre. Lo que ellas dicen, participando de la opinión de un gran artista:

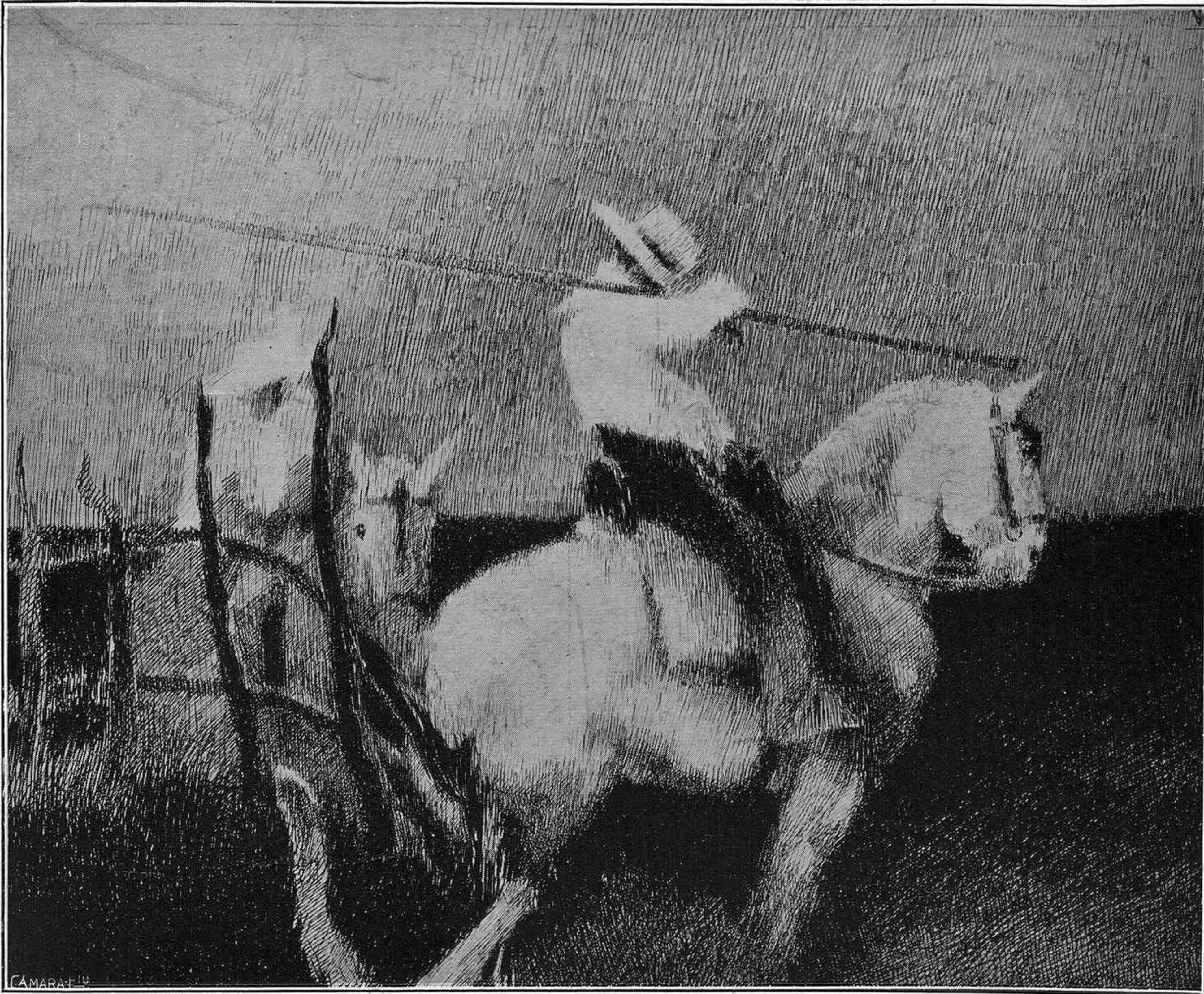
«¿No es, acaso, la moda un arte, lo mismo que la poesía, lo mismo que la escultura?»

SALOMÉ NUÑEZ Y TOPETE

Cuatro elegantes y sugestivos modelos de «toilettes» para la presente estación primaveral

CAMARA FID

EL GARROCHISTA



Es el hombre de mi tierra andaluza, ágil, valeroso y hábil jinete, que en el trato con los toros los sabe dominar y vencer á punta de garrocha.

Acostumbrado á la vida de la Naturaleza, es buen amigo del sol y sufrido de las lluvias y de los vientos; y así como del día, es sabio conocedor de los misterios y ruidos de la noche, bajo la luz de la luna y entre las sombras que borran todos los senderos.

Montando su brioso caballo, puesto de zahones, chaquetilla corta, sombrero de alas anchas y al brazo la larga garrocha con punta acerada, nuestro hombre campero es como un rey de las tierras, abiertas á todos los peligros.

Por eso su espíritu, moldeado á toda prueba, es libre y dominador; sus sentimientos, bravos y nobles; su voluntad, fuerte y decidida.

Y porque sus miembros se curtieron al sol y á los aires libres, así parecen de bronceos y duros como sarmientos de la vid.

Mas no sólo es garrochista el criado más antiguo y de confianza á quien llaman en las vacadas el *conocedor* y los otros ayudantes suyos, sino que lo son hoy día y lo fueron antiguamente los ganaderos, y sus hijos, y sus parientes cercanos, y muchos señoritos á quienes enamoran las arriesgadas faenas de la tienta y el acoso, así como entre los primeros, D. Eduardo y don Antonio Miura, los hijos de este último y don Anastasio Martín, y entre los segundos, D. Rafael Hazañas, D. Eugenio Luque y los señores de Pablo Romero.

También se señaló como maestro en las faenas de acoso y derribo de reses bravas el inolvidable Joselito, y á Belmonte se le reputa como un buen campeón.

Los garrochistas se ejercitan generalmente en

la tienta de reses, en su acoso y derribo, en acompañar al ganado para el encierro y cuando va de careo.

Las faenas de tienta, que son muy animadas y á ellas se invitan á ganaderos, aficionados al manejo de la garrocha y toreros de nombradía, se celebran en dos épocas distintas: en Primavera para la tienta de los erales y en Otoño para la de los utreros.

Las hembras se suelen tentar en plazas—cercos pequeños ó corralones que hay en los cortijos—y los machos á campo abierto.

Los becerros están en el rodeo, mezclados con los bueyes, y hasta allí se les va á buscar por los garrochistas.

Una collera de éstos obliga á salir á la res corriendola al sitio de la querencia.

Uno de los garrochistas sigue al becerro, colocándose á su izquierda, y lo acosa, y el otro, que lo sigue al lado contrario esperando el momento en que el animal pierda pie, cuando llega este instante le mete la garrocha y lo derriba.

El becerrete cae al suelo; mas si al levantarse se planta queriendo acometer, acude entonces el picador, montando un caballo cuyo pecho va resguardado por un peto de cuero, y lo tienta á puyazos.

El número de éstos se hace depender de la bravura del animal, y si es mayor se le destina á toro de simiente, y si menor á de lidia ó novillo.

La faena de acoso y derribo es muy semejante á la anterior, diferenciándose tan sólo en que ya el animal en tierra se le deja levantar y escapar sin más puyazos.

Para la faena de encierro de los toros de lidia, éstos van acompañados de bueyes, uno que se llama delantero, otros estriberos, y de tropas y

zagueros, según en el sitio en que van colocados.

Un garrochista va delante, otros á los lados y un grupo detrás, cuidando así de que no se extravíen los toros que van destinados á la lidia, desde el cerrado hasta el lugar en que se les encajona.

Por último, ir las reses de careo es ir pastando por carreteras, veredas ó caminos. Cuando van á pasar por delante de un caserío, se les achucha y vocea por los garrochistas y ellos pasan veloces, sin peligro de que entren en el caserío y causen los daños que hay que temer.

Estas últimas faenas las hacen sólo los garrochistas que son criados del cortijo ó vacada.

De entre éstos el *conocedor* es quien lleva el detalle que hace referencia á la vida, obras y milagros de cada animalito, y es, por tanto, en el conocimiento de las reses, la persona principal entre todas las que con ellas tratan y viven.

El *conocedor* es el hombre inteligente, serio, de compuestas maneras, á quien su amo quiere como si fuera un miembro de la familia.

Para el *conocedor* el señorito es un padre á quien se debe respetar y querer, y por quien hay que dar la propia vida si fuese necesario.

Los otros ganan el pan á su lado, tan encariñados con el amo y el *conocedor* y el ganado, como si fueran cosa propia.

Y así son los garrochistas, estos hombres fuertes de mi tierra andaluza, valerosos en el trato con el peligro, y humildes y suaves en el de los hombres hermanos.

J. MUÑOZ SAN ROMÁN

DIBUJO DE MARTÍNEZ DE LEÓN

¿UN NUEVO VELÁZQUEZ?



«Retrato de la Reina Isabel, esposa de Felipe IV, ataviada en traje de Corte», atribuido á Velázquez y descubierto por el restaurador inglés Mr. Power



El mismo retrato, pintado por orden de las monjas en cuyo poder estaba, dando á la Reina la apariencia humilde de Santa Teresa de Jesús

EL descubrimiento de una obra hasta ahora desconocida de un artista de la importancia de Velázquez, no es caso frecuente, y es ciertamente cosa propia para revolucionar el mundo del Arte; nada de extraño, pues, el revuelo producido por estos días en Londres con la noticia de un nuevo cuadro de nuestro ilustre paisano; y como esta noticia habrá seguramente de causar asimismo honda sensación entre los amantes del Arte en todos los países, pero particularmente en el nuestro, patria del inmortal maestro, ahí van fielmente transcritas las impresiones que pudiéramos llamar *directas* del tal descubrimiento, seguros como estamos de que habrán de interesar á los cultos lectores de LA ESFERA. Mas conste por anticipado que, al transcribirlas, no pretendemos, como vulgarmente se dice, tomar cartas en el asunto de la autenticidad ó *apocriofidad* de la obra, discusión ésta propia de los eruditos en la materia, á los cuales incumbe luego, ante la historia del Arte, la responsabilidad del juicio pronunciado en pro ó en contra.

«Un Velázquez de 50.000 libras»: tal es el título con que encabezan ciertos órganos de la prensa londinense la referencia del hallazgo; «Romántica historia de un valiosísimo cuadro», dicen otros, y todos coinciden en los detalles del relato: Un caballero de Barcelona, D. Ramón García, trajo hace aproximadamente seis meses una pintura de su propiedad á mister Power, el más famoso restaurador de cuadros de la capital de Inglaterra, á fin de que lo limpiase; de carácter español y pareciendo datar de unos tres siglos, representaba á una monja de cuerpo entero y tamaño natural. Al comenzar su tarea,

mister Power advirtió en el cuello de la figura ciertos descascarillados que, por su forma é índole particularísimas, indujéronle á sospechar que pudiese existir, bajo la figura aparente, otra primitivamente pintada. Con el cuidado y esmero que son de suponer, fué limpiando en este sentido, y, en efecto, pronto vió dibujarse bajo la figura de la monja otra de una dama con rica vestidura de corte; continuó su labor y, al cabo de unos meses, la monja habíase transformado en una dama espléndidamente ataviada, del tiempo de Felipe IV. Únicamente quedaron idénticas la cara y las manos.

De las pesquisas realizadas luego por el propietario del cuadro, parece ser que la obra fué regalada á una casa ducal madrileña (de la cual la adquirió D. Ramón García) por una Comunidad de religiosas, la misma Comunidad en la cual había deseado ingresar la Reina Doña Isabel, viuda de Felipe IV; el Papa opúsose á este deseo de la augusta viuda, y entonces la Reina, como recuerdo de su malograda vocación, había regalado al convento un retrato suyo pintado por Velázquez; mas las monjas, que le guardaban rencor á Doña Isabel por el desengaño que habían sufrido con respecto á ella, vengáronse haciendo repintar el retrato por un artista anónimo, que revistió así á la Reina, á la fuerza, del hábito de la Comunidad, despojándola en imagen de todas sus galas para darle la apariencia humilde de Santa Teresa de Jesús. Esto, sin duda, para aprovechar la actitud de la mano derecha, á la cual fué cosa fácil presentar en actitud de escribir.

Muchos años después el cuadro pasó, como ya dijimos, á una casa ducal madrileña, la cual,

andando el tiempo, relegó en un desván por no hallarlo ya en consonancia con el estilo del decorado del palacio. Y esta es la historia de este nuevo Velázquez, según su actual propietario, historia que nos parece interesante relatar, aunque acogiéndola, como es natural, con toda reserva.

□□□

¿Trátase realmente de una obra ignorada del príncipe de nuestros pintores? La historia del cuadro, para nosotros españoles, no deja de ser algo inverosímil, pues sabemos que se conservan en los Archivos palatinos las cuentas de los encargos hechos á los pintores de Cámara. ¿Cómo no se ha buscado esa prueba fehaciente de la autenticidad de la obra? Luego, tampoco resulta muy plausible que una Comunidad, por muy despechada que se hallase con respecto á una Reina, se atreviese á cometer con un retrato y donativo regio tamaña irreverencia. Y, por fin, recordemos que hace ya dos años, por lo menos, tratóse en España de este mismo asunto, hasta el punto de publicarse en varios periódicos y revistas ilustradas reproducciones de la «Santa Teresa» y de la «Reina Isabel». ¿Cómo hablar entonces ahora de *descubrimiento*? Añadamos á todo esto ciertas opiniones autorizadas que juzgan de una debilidad indigna de Velázquez la factura de la pintura, y, por fin, que aunque Velázquez hubiera sido en verdad el autor del retrato, poco ha de quedar de su mano después de las vicisitudes á que ha sido sometido.

Pero esto no son más que... opiniones, y, hoy por hoy, lo cierto es que existe un gran revuelo en derredor de esta pintura.

MARIANO DE PERALES

EL PRÍNCIPE DE ASTURIAS



S. A. R. el Principe de Asturias, en la Granja Agrícola de El Pardo, examinando uno de los soberbios ejemplares de gallos que en gran cantidad existen en dicha Granja

FOT. MARÍN

NOCTURNO



Es media noche. El frívolo "cabaret" elegante resplandece de luz. Ha callado la orquesta. Y con la última nota de un tono delirante, cae un sopor de "spleen" en medio de la fiesta.

Pierrot está de frac. Un ajeno ante él lanza, como un embrujamiento, su lumbrarada hipnótica; Colombine, á su lado, reposa de la danza, y repite un motivo de la música exótica.

Un viejo alegre y cínico, de elegancia impecable, con aire de marqués, burlón y generoso, escuchando á Mimi, sonríe imperturbable y la dice una flor en un francés dudoso.

Más allá, displicente, un "dandy" perfumado,

incansable "poseur", enfermo de snobismo, á través del monocle, finge un gesto cansado, en el que ha puesto todo su aristocratismo.

Entra una "cocotte" gruesa, enojada y marchita, que en vano al "maquillage" pidió nueva frescura; en un rincón solloza la dulce Margarita, que con un "nouveau riche" inicia una aventura.

Y borracho de tedio, en la mano la frente, donde no hubo dolor que no cavara un surco, el poeta bosteza indiferentemente, envuelto en la neblina de un cigarrillo turco.

José G. de LIBIETA

DIBUJO DE PENAGOS

DE LA COMEDIA SOCIAL

ARTISTAS DE LA LIMOSNA

CABALLERO, tengo más hambre que un oso!

Sorprendidos, volvemos la cabeza y nos hallamos frente a un tío greñudo que nos mira ferozmente, como diciendo: «Ya has oído que tengo hambre; con que tú dirás dónde te muerdo.»

Inmediatamente nos ponemos en guardia, para darle un puñetazo; pero como no es cosa de salir de su casa con intenciones de pasar la tarde, bien comprando barbotillos ó diciendo tonterías á las muchachas, y cambiar esto por una visita á la Delegación, acusados de haberse liado á golpes con un mendigo, nos limitamos á decir un sencillo «¡Dios le ampare!», como expresión de nuestra pequeña ira.

¡Oh, el pobre madrileño! En eso debemos sentirnos orgullosos y darnos importancia, reconociendo que en ninguna parte del mundo, incluyendo toda la provincia de Zamora, hay un surtido de menesterosos tan acreditado y definitivo como el de aquí. ¡Qué ha de haber! En esto tienen que reconocer su inferioridad y avergonzarse los extranjeros, sean de donde sean.

Aquí somos especialistas en el género, y hemos llegado á un grado de perfección muy difícil de igualar. El pedir limosna constituye un arte ú oficio que algunos dominan como verdaderos virtuosos.

—No he comido desde el martes y tengo á mis siete hijos casi cadavéricos.

Nos paramos á pensar en qué día de la semana estamos, y al ver que es viernes, sentimos que el remordimiento nos atormenta. ¡Nosotros hemos hecho desde el martes una porción de comidas, y aquel hombre no ha probado bocado! ¡Qué horror! ¡Y con siete hijos cadavéricos! Inmediatamente buscamos en el bolsillo una moneda y se la entregamos casi avergonzados, como diciendo: «Perdone si no le doy para un solomillo con setas; ¡pero los tiempos están tan malos!...»

El pobre recibe la moneda, la examina para cerciorarse que es de ley, y murmura un «¡Dios se lo pague!», como si quisiese decir: «¡Caray, tanta fachenda para entregar luego esta miseria! ¡Si creará que nos vamos á alimentar todos los de la familia con esta porquería!»

Y alzando despreciativamente los hombros, se aleja camino de una tienda de bisutería, donde adquiere un caprichoso alfiler de corbata que hace tiempo le tiene flechado.

Porque preciso es reconocerlo. No todos los que dicen que no han comido circulan por ahí con el estómago vacío. Hay mucho diletantismo y muchos que encuentran en el pedir una fuente de ingresos más segura que el servir en un destino del Estado.

—He visto á las de Rodríguez elegantísimas. La madre llevaba un sombrero con un *sprit*, de precio. ¿Es qué han heredado?

—¡Ca! Mucho mejor. El padre se ha dedicado á pordiosero y le va mejor que si tuviera rentas.

Efectivamente: Rodríguez, padre, es un señor que apenas podía sostener su familia cuando se dedicaba á empleado, y por ahora ha cogido el truco de pedir limosna, y vive de una manera casi espléndida. Apenas termina de cenar, se toma su copita de licor, enciende un habano y, tocando el timbre, llama á la criada.

—¿Qué desea el señor?



—Prepárame la ropa.

—¿Va usted de ciego hoy?

—No, iré sencillamente de cesante. De ciego por la noche no me gusta. Además, eso me inmoviliza y no puedo perseguir á los transeuntes.

Rodríguez pasa al gabinete de *toilette* y allí comienza á disfrazarse, caracterizándose de perfecto pordiosero.

—A ver, Lolita—dice á una de las chicas—, tráeme el carboncillo de las ojeras; quiero ir hoy completamente demacrado, no sea que me tropiece con algún sinvergüenza como el del otro día.

—¿Qué te pasó?

—Que le pido una limosna á uno que pasaba y me contestó: «Usted podrá estar todo lo hambriento que dice, pero tiene la cara como si se acabase de comer una ración de callos rociada con Rioja.»

—¡Qué descarado!

—Los hay que no tienen educación. Anda, dame el carboncillo.

Rodríguez se echa encima unos harapos, y se

lanza á la calle. Realmente, lleva un aspecto de pobre de solemnidad, tremendo, y no hay quien, al verle, no diga: «¡Pobre hombre! Seguramente que ha perdido la noción de cómo son los alimentos.»

Sí, sí. ¡Buenos alimentos tiene Rodríguez! Con sus ingresos saneaditos se da la gran vida y no se priva de nada, hasta el punto de que cuando llega el comienzo de la temporada teatral, se reúne la familia y acuerda á qué espectáculo va á abonarse.

—De modo que quedamos en que queréis los miércoles de la Princesa. Perfectamente. Voy á ver si en dos ó tres noches os reuno el dinero.

Y como así acontece, Rodríguez y familia se abonan y alternan con lo mejor de Madrid, gracias á las almas compasivas.

Celebremos á los artistas del sablazo callejero y reconozcámosles como verdaderos maestros. ¡Loor á la limosna!

MARTÍN MARTON

DIBUJO DE DEMETRIO

CUENTOS DE "LA ESFERA" UN BUEN PAPEL

DON Pedro Pérez de Ontanares y Carballo no fué nunca, ciertamente, un actor del montón.

Noble por ambos costados: caballero en España por legítimo prestigio de su blasón paterno, é hidalgo en Portugal por no menos legítimo brillo de su ascendencia materna, don Pedro Pérez de Ontanares y Carballo entró en el teatro por la puerta grande, que por serlo le vino algo sobrada, y en circunstancias que merecen recordarse.

Ocurrió este hecho memorable hace bastantes años, cuando aún era don Pedro un hombre de buen ver. Andaba por aquel entonces el hidalgo sin blanca y á caza de ella... En Madrid había dejado, en un cuarto piso de la calle de Jacometrezo, un baúl viejo, lleno de ropa vieja, una docena de libros desencuadrados y un par de cuadros, en los cuales, bajo cristal, mostraban sus complejos y absurdos jeroglíficos las respectivas armas de los Pérez de Ontanares y de los Carballo... No valían todas aquellas cosas un ochavo, y harto lo sabía la patrona, á quien don Pedro debía casi medio año de hospedaje. Mas fué tan grande, por lo menos en apariencia, la emoción del hidalgo al confiar semejantes reliquias á su acreedora, en prenda de solvencia, que la buena mujer no acertó á extinguir el leve reflejo de esperanza que su ilusión ponía, con la luz de cada jornada, sobre los cobres oxidados del viejo baúl, sobre los vidrios empolvados de los viejos cuadros y sobre el verdear de lo que en un tiempo fuera oro en los cantos de los viejos libros...

Don Pedro, en tanto, buscaba para su mal-estar una solución definitiva y digna, al través de cien soluciones inconfesables y transitorias. En esta querencia había recorrido, como Dios le diera á entender, todas las poblaciones de España y de Portugal donde aún le quedaban vestigios familiares. Renegado por algunos parientes, socorrido á duras penas por otros, y mal visto y alejado por todos, fué don Pedro á dar en Valladolid, con ánimo de jugarse la última carta de sus probabilidades en pro... Suponía esta carta una audacia increíble, ya que se trataba de recordarle al venerable arzobispo su lejana amistad con el abuelo del hidalgo, y de especular sobre valor tan incierto como era una memoria borrada á buen seguro por los años.

Llegó don Pedro al palacio arzobispal dando las once de la mañana. Entregó su tarjeta—su última tarjeta—á un fámulo, en el zaguán. El fámulo examinó al hidalgo de pies á cabeza, y le mandó esperar. Iba en tanto, escaleras arriba, lentamente, un caballero anciano, á quien la servidumbre del palacio mostraba gran respeto. El caballero llevaba un sobre en la diestra: un sobre en blanco, lleno de misteriosos papeles... Don Pedro miró al anciano del sobre con ira, y pensó en que aquel hombre debía ocuparse de asuntos de Su Ilustrísima, y en que estos asuntos necesitarían de un minucioso despacho... Habría espera para un rato, y muchas probabilidades de que la hora de audiencia terminara sin que el señor arzobispo consintiera en recibir á nadie más...

No fué pequeña la sorpresa del hidalgo cuando, á los pocos minutos, vió descender de nuevo al viejo del sobre, que no llevaba ya sobre alguno, y cuando á seguido escuchó del fámulo esta amable invitación:



—Tenga la bondad de subir... Su Ilustrísima le aguarda...

Subió don Pedro, y á medida que iba ganando peldaños iba perdiendo aplomo. Por vez primera tenía conciencia de la denigrante situación en que había de colocarse, y cuando, al transponer el umbral de una salita modesta y ensombrecida se halló, de súbito, frente al señor arzobispo, no supo qué decir, luego de inclinarse para besar el anillo, y luego de obedecer al gesto de Su Ilustrísima, que le indicaba, próximo, un asiento.

El señor arzobispo inquirió:
—Vamos á ver, hijo mío, ¿en qué puedo servirle?
Murmuró el hidalgo frases que no acertaban á tener hilación:

—Espero que mi nombre no sea desconocido para Su Ilustrísima... Mi abuelo se honró con la amistad de Su Ilustrísima... Se llamaba Pedro, como yo... Era influyente y rico... Luego de su muerte, la desgracia agobió á la familia... Yo he llegado á los más duros extremos de la pobreza... Vengo en una hora de dolor y de miseria...

No le dejó acabar el señor Arzobispo:
—¡Basta, hijo, basta!... Dios hace que hoy pueda socorrerle... En otra ocasión me hubiera sido muy difícil, por mis muchas cargas... Pero hoy, gracias á Dios, puedo ofrecerle esto...

Había recogido el Prelado, de encima de un bargeño, el sobre en blanco, lleno de misteriosos papeles, que el hidalgo viera en manos del anciano visitante; y sonriendo, le puso en las de don Pedro... Luego, tendiéndole el anillo, sobre la mano enguantada, concluyó:

—Con lo que hay aquí, puede remediarse de momento... Y Dios no le ha de abandonar...

Salió el hidalgo de la salita ensombrecida y modesta, y al encontrarse de nuevo con el fámulo, vió que éste sonreía, mostrándole el camino de la escalera. Descendió don Pedro lentamente, porque las piernas le flaqueaban. Mas al paso que iba dejando atrás los peldaños, iba recordando el aplomo. Era ya dueño de sí mismo cuando pisó el zaguán, y más tarde, cuando se encontró en la calle y pudo rasgar el sobre y ver dentro de él un fajo de billetes sobre los cuales campeaban cifras de mil, no sólo se sintió dueño de sí mismo, sino del mundo...

Para saborear la intensa alegría de aquella hora, don Pedro fué á pasear por el Campo Grande... Sentóse en un banco, junto á dos viejos caballeros que tomaban el sol... Uno de los caballeros preguntó al otro:

—¿Ha encargado usted su abono á palco, para las funciones del Zorrilla?

—No—respondió el interrogado—, no pienso ir más al teatro, ni á los toros, ni á baños... Lo que había de gastar en lujos, lo he entregado esta mañana al señor arzobispo, para limosnas... Hay que ir poniéndose al corriente con la Providencia, mi general...

El general refunfuñó:
—¡Lástima de dinero!...

El hidalgo miró de soslayo á sus vecinos, reconoció en uno de ellos al anciano visitante del palacio arzobispal, se puso en pie y, estrujando entre los dedos el fajo de billetes que abultaba el bolsillo derecho de su pantalón, regresó al hotel.

A la hora del almuerzo estaba en el comedor toda la Compañía de verso que iba á actuar en el Zorrilla. En torno á la mesa redonda, le tocó á don Pedro sentarse frente á la primera actriz, que era una dama de belleza muy grande, un poco trasnochada.

Entre los compañeros de aquella señora no había ninguno que por el carácter del diálogo sostenido con ella tuviere traza de ser su marido ó cosa que se le pareciera. Don Pedro era un hombre decididor y galante. Halló ocasión de terciar en la charla de los cómicos antes de acabar la sopa; cruzó algunas palabras, directamente, con la primera actriz, al comenzar el asado; se quedó solo hablando é hizo reír de muy buen grado á la cómica de fama, al llegar á los postres; y al levantarse todos, terminado el almuerzo, don Pedro ofreció el brazo á la señora, y ésta le aceptó, declarando:
—Es usted muy amable; tan amable que, á no estar yo viuda, me hubiera sido necesario pararle á usted los pies...

No se los paró al hidalgo la primera actriz, ni aquella tarde, ni en tardes y noches sucesivas. Don Pedro hizo alarde de esplendor; gastó algunos centenares de pesetas en vestirse bien y en obsequiar á la artista; viendo, al cabo de algunos días, que el negocio del Zorrilla era brillante, ofreció capital para ulteriores expediciones, y, en fin, sin saber cómo, se encontró al cabo de un mes casado como Dios manda con la cómica afamada y convertido en director consorte de la farándula.

De paso por Madrid, camino de Andalucía, el hidalgo subió los cuatro pisos de su antiguo hospedaje y pagó su cuenta, nada más que para recoger los cuadros que guardaban, bajo cristal, las armas de los Pérez de Ontanares y de los Carballo... Pasaron tales jeroglíficos á encabezar los programas de la Compañía Juana Bravo-Pedro Pérez de Ontanares... El que hasta entonces había sido primer actor de la Bravo no gustó de verse relegado á segundo término en los carteles, y abandonó la formación... Entonces don Pedro, aparentemente arrastrado por las circunstancias, pero en realidad muy satisfecho del giro que tomaban los acontecimientos, se decidió á actuar... Hizo algunos papeles del repertorio sin lucimiento, pero sin baldón, y mereció de la crítica el calificativo de «discreto»... Como el actor novel no marcaba los papeles y se contentaba con decirlos, en una época en que aún privaban las afectaciones campanudas de la declamación, no poca gente le tachaba de

frío... En cambio, un crítico aficionado á dár-selas de adivino aseguró que Ontanares era nada menos que el iniciador de una sana orientación del arte escénico hacia la naturalidad, y auguró un insuperable triunfo al principiante para cuando la suerte pusiera en sus manos un buen papel...

En espera de ese papel fueron pasando los años. No es menester decir que la espléndida limosna del señor arzobispo duró muy poco en poder del hidalgo, y que la ilusión cifrada en éste por doña Juana Bravo no pudo sobrevivir á tan corto plazo.

Así pasó don Pedro á la menguada condición de hombre á quien su mujer mantiene y desprecia, y por su parte, doña Juana, calculando que su marido, harto gastador, le costaba un día con otro diez duros por jornada, y no podía justificar sueldo mayor de diez pesetas, llegó á mirar con odio los dos blasones, el de Pérez de Ontanares y el de Carballo, que impresos á derecha é izquierda de los programas y encabezándolos, más que cifras heráldicas le parecían sellos estampados para el cobro de un impuesto odioso.

... Y el papel, el buen papel que había de procurarle á don Pedro honra y provecho, no llegaba...

ooo

Esperándole, y rodando de población en población cuando no de pueblo en pueblo, fué el hidalgo á dar con su Compañía en Valladolid.

Hospedáronse los cómicos en el mismo hotel, y sentaron sus reales en el mismo teatro de años atrás... A don Pedro se le antojaba aquello una resurrección del pasado, y á punto estuvo de entrarse por el zaguán del palacio arzobispal, en busca de otra feliz casualidad.

Sin los ultrajes del tiempo á la caduca belleza de doña Juana Bravo, y sin el esfuerzo de todos los días que don Pedro necesitaba para obtener de su esposa algún dinero de bolsillo, hubiérase creído el de Ontanares vuelto á los días felices en que, allí mismo, le habían sido propicios la Fortuna y el Amor.

Ensoñando con tan gratas memorias, y casi reviviéndolas, se hallaba el hidalgo en su cuarto del Zorrilla, una noche, cuando el avisador, aprovechando la tregua del entreacto, le anunció una visita. Para don Pedro, el nombre del visitante, Luis Altuna, era perfectamente desconocido; mas cuando el caballero que respondía por tal nombre apareció, sonriente, bajo el dintel, no pudo Ontanares reprimir un gesto de curiosidad y de sorpresa. El visitante era el mismo que años atrás había coincidido con el hidalgo á la hora de audiencia en el palacio arzobispal. Y, como entonces, el anciano llevaba en la diestra un sobre en blanco: un sobre cerrado, lleno de papeles misteriosos... Don Pedro, con la mirada fija en el sobre, palideció...

—Señor de Ontanares— dijo el anciano—, ha de perdonarme usted el que, sin título alguno de amistad, me permita molestarle...

Con un temblor en la voz, protestó el hidalgo: —Caballero, lejos de molestarle, su visita me es muy grata, y me honra...

Don Luis Altuna se inclinó en reverencia de exquisito mundanismo:

—¡Por Dios!...

Luego, acompañando sus frases con el gesto monótono de la mano derecha, en la que el sobre, prisionero, iba de un lado á otro, con movimiento de abanico, prosiguió:

—Es el caso, mi admirado señor, que hace algunos años, en una de esas horas de meditación que á los viejos nos asaltan al término de la existencia, resolví consagrar á los necesitados aquella parte de mis rentas que hasta entonces me sirviera para costear mis diversiones, mis viajes y, en suma, todo lo que era superfluo en mi vida... Para que este donativo tuviera mayor eficacia, le hice de una vez... Calculé la cifra anual de mis gastos de tal índole, multipliqué esa cifra por el número de años que entonces esperaba vivir, y el total, traducido á varios miles de pesetas en billetes de banco, lo encerré en un sobre como éste y entregué el sobre al que entonces era nuestro venerado arzobispo y hoy es, en el Cielo, un elegido de Dios... Entregué aquel dinero á Su Ilustrísima, sin hacer mención de la suma que iba incluida en el pliego, y rogué tan sólo al prelado que dispusiera de aquello á su antojo, para remediar á quien lo hubiese menester. Nunca pregunté á Su Ilustrísima nada acerca del destino de tal limosna; pero muchas veces, en mis vigias, he tratado de imaginar lo que fué de aquel dinero, el dolor que pudo evitar, la dicha que pudo traer consigo, y, en fin, los nuevos rumbos que en algunas vidas pudo señalar... Estos ensueños me llevaron á urdir una historia, á inventar personajes, y á la postre, á edificar, escena tras escena y acto tras acto, una comedia con aspectos dramáticos, que tal vez no esté del todo mal...

Don Pedro respiró... Con voz segura pudo afirmar:

—El asunto es interesantísimo...

El señor Altuna, por toda respuesta, ofreció el sobre, que el hidalgo tomó en sus manos con ademán lleno de respeto. Pesaba mucho más que el otro, y sobre el fajo de apretadas cuartillas era de una rigidez de piedra. Recordando la abultada blandura del otro, sintió don Pedro

la melancolía de una saudade. Procuró reaccionar, y dió apariencia de interés á esta pregunta:

—¿Mi papel, en esta obra...?

—El protagonista, claro está... Un hombre á quien ese dinero salva, abriéndole inesperado camino...

Dijo esto el señor Altuna, y tras de una pausa añadió:

—La obra será de éxito excelente... Vendrá á verla todo Valladolid... Y desde luego yo tendré mucho placer en costear los gastos que origine su representación... Con esto no me pago una satisfacción egoísta, porque entiendo que la moralidad de la comedia ha de trascender al público y ha de servir de estímulo para la generosidad de las personas afortunadas...

El hidalgo asintió:

—Leeré la obra esta misma noche, y comenzaremos á ensayarla inmediatamente...

Con la alegría de quien ve realizada su aspiración máxima, el señor Altuna se despidió, dejando caer estas palabras:

—Mañana le enviaré á usted, señor de Ontanares, un talonario de cheques firmados en blanco... Disponga de lo que necesite, con entera libertad...

Esta vez fué don Pedro Pérez de Ontanares quien se inclinó en reverencia de exquisito mundanismo:

—¡Por Dios!...—murmuró.

ooo

Cayó el telón sobre la última frase del tercer acto, y volvió á levantarse muchas veces en honor de Altuna, de la Bravo y de Ontanares... El teatro entero había sido comprado por el autor, y allí estaban todos sus incontables amigos, todos sus criados, todos sus colonos, todos sus deudos y todos sus deudores... Allí estaban también, comprendidos en este último grupo,

los superhombres de la crítica local. Todos ellos coincidieron en atribuirle al señor Altuna un genio calderoniano, y en proclamar á Ontanares como primer actor capaz de interpretar un papel con absoluta naturalidad... La escena en que el pedigüño se acercaba al tentado y le exponía sus cuitas, con frase deshilada por la emoción, había resultado un prodigio de verismo... Don Pedro no era tan sólo un gran artista; era, además, un orientador...

Había dado Ontanares, al cabo, con el buen papel...

La revelación costó muy cara á don Luis Altuna; pero, merced á la imprudente confianza y á la excesiva liberalidad del anciano, pudo la Compañía Juana Bravo-Pedro Pérez de Ontanares encontrar teatro en Madrid, y llegar á ser la formación de más indiscutible crédito...

Al recordar estos avatares, durante las últimas charlas del saloncillo, doña Juana, acariciando con la mirada á su esposo, repite frecuentemente:

—El primer admirador de Pedro, su primer crítico, su primer maestro, fui yo... Tenía fe ciega en su talento... Y esa fe no me abandonó jamás...

Don Pedro, con un trémolo de ternura en la voz, responde siempre:

—¡Oh, Juana mía!...

Y es que en fuerza de hacer comedias, Ontanares ha acabado siendo actor...

Antonio G. de LINARES

DIBUJOS DE PENAGOS



CUENTO DE HADAS



*Mi madrina es un Hada poderosa
que vida y muerte sabe conceder;
un gran reino pedile, y por su gracia
yo la Reina del Bosque vine á ser.*

*Los días me he pasado alegremente
bajo un palio de frondas y de sol,
con flores de mis tierras por corona,
montada en un bizarro caracol,*

*pues éste era mi carro favorito
y á todas partes pude en él llegar.
Mi cuerpo era pequeño y de una gracia
igual que esas conchitas de la mar.*

*El álamo de plata y el negrillo,
el roble colosal y el abedul,
todos medí subiendo lentamente,
montada en mi carroza, hacia el azul.*

*Y un día, cuando el alba despuntaba
tejiéndome en rocío un gran collar,
el árbol trepidó para caerse
y al césped con mi carro fui á parar.*

*Sin sentido quedé del rudo golpe
tumbada en la frescura del tapiz,
y cuando del letargo despertaba
esta copla de orgullo pude oír:*

*«Yo soy el leñador;
del bosque amo y señor,
desde el Norte hasta el Sur.
¡Todo cede al vigor
de mi recia segur!»*

*Al Hada mi madrina fui, ofendida,
un tremendo castigo á demandar
para el rebelde aquel, que era mi reo
con delito de lesa majestad.*

*El Hada me creció y hermosa me hizo,
y puso en mí el encanto del amor.
«Compadezco—me dijo—las torturas
del rebelde y fornido leñador.»*

*De la gruta salí en que el Hada vive;
arroyuelo y pradera atravesé,
y al pasar junto al puente, dos hachazos
como dos golpes secos escuché.*

*Vi caer en seguida un árbol fuerte;
después al leñador vi trabajar
—dando al aire los brazos juveniles—
y por segunda vez le oí cantar:*

*«Yo soy el leñador;
del bosque amo y señor,
desde el Norte hasta el Sur.
¡Todo cede al vigor
de mi recia segur!»*

*Desde aquella ocasión inolvidable
duerme el hacha en olvido sepulcral;
ni una sola ramita fué cortada
al golpe de su filo criminal.*

*Del leñador el orgulloso canto
para siempre en mi bosque enmudeció;*

*la fuerza que tenía en la garganta
en los ojos por verme concentró.*

*Y aunque de mi desdén llevaba el peso,
no renunciaba á su pesada cruz;
á todas partes siempre me seguía
como la sombra marcha tras la luz.*

*Suplicante decía que la vida
yo sola le podía conceder;
su elocuencia en tiernísimas endechas
á mi oído asediaba por doquier.*

*Yo en augusto silencio indiferente
de reina le probé mi condición,
y esta conducta fría exasperaba
hasta el colmo su ardiente corazón.*

*Un día me cortó el paso, clamando,
pálido el rostro y la expresión feroz:
«No seguirás hasta saber quién eres;
déjame al menos escuchar tu voz.»*

*Yo me volví muy menudita;
sobre mi caracol volví á montar,
y asombrado el viento me cambió,
así me oyó triunfante contestar:*

*«Yo me llamo el Amor;
del mundo amo y señor
soy del Norte hasta el Sur.
¡Nada puede al vigor
de mi fina segur!»*

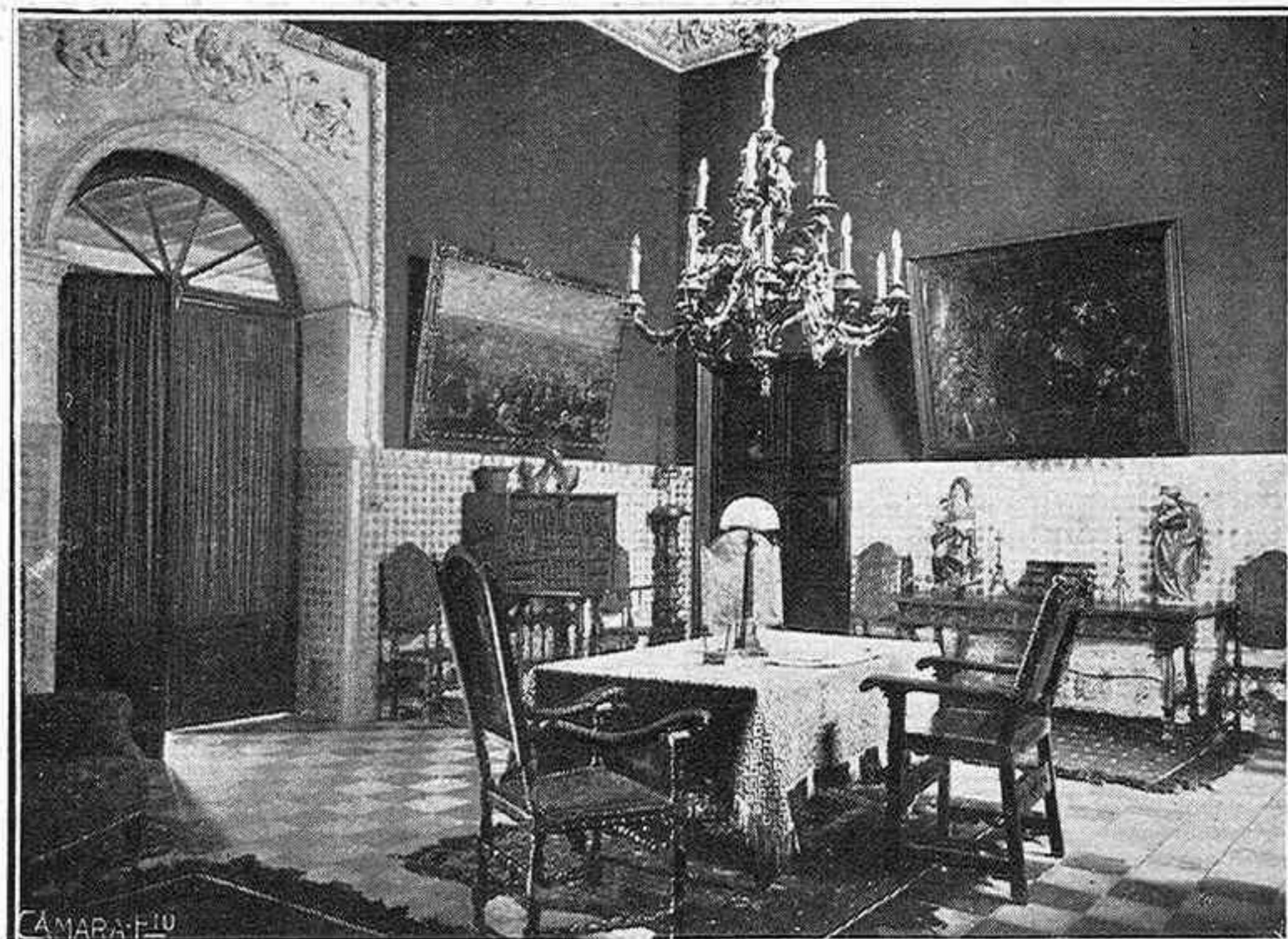
Luis ANDRÉS

DIBUJO DE BUJADOS

SEVILLA
EL GRAND HOTEL DE MADRID



Comedor



Salón particular

ESTE hermoso palacio—casa solariega de los condes de Gelves—, de estilo clásicamente sevillano, sin abigarramientos modernistas al uso, sino dentro de la más elegante y aristocrática severidad, es un espléndido y riquísimo museo de arte. El Grand Hotel de Madrid no da al visitante, sin duda alguna, esa extraña y hostil sensación de casa para viajeros. Al contrario. Nada existe en él contagiado de esa frialdad brusca que tanto padecen estos edificios, donde todo se halla sometido á un formulismo rutinario, á un mecanismo mercantil y egoísta. Este Hotel no puede incluirse en la categoría de aquellos que llamó Daudet *casas sin alma*. El Grand Hotel de Madrid, merced á los desvelos de su propietario, D. Alberto Abreu, hombre de una inmensa fortuna personal y de un exquisito temperamento artístico, es, como hemos dicho, un hermoso museo de arte, donde no se sabe qué admirar más: si la magnífica galería de cuadros célebres ó la rara colección de bargueños antiguos que atesora, así como esculturas y tallas admirables, lindos azulejos, forjas, tapices, mosaicos, etc., etc., que, artísticamente colocados, aparecen por doquier, coleccionados á través de una paciente busca y de una depurada selección.

Los patios andaluces del Grand Hotel de Madrid, y sus amplias galerías, ofrecen una atrayente sugestividad para los que llegan á Sevilla ansiosos de conocer las bellezas de esta tierra privilegiada. Son patios señoriles, fragantes, bañados por el sol, con fuentes, plantas y flores, que hacen caer las almas en el pecado de ensoñación. Y son en ellos, cobijadas bajo sus primorosas arcadas, en sus galerías sevillanas, donde las mujeres, frágiles y lindas muñecas que llegan á Sevilla desde lejanas tierras, con el alma abierta á toda ilusión, sueñan posesas de un encanto delicioso, suavemente atormentador, y todas las leyendas fantásticas de la gran ciudad les parecen ciertas y sus héroes superhombres que nacen de la tierra, dilecta de los dioses.

Embrujadas por su ambiente, mujeres de todas las nacionalidades han sentido cómo su alma era invadida por una dulce y nostálgica molición, desconocida hasta entonces.

El comedor del Grand Hotel de Madrid, como toda la casa, es, sin duda alguna, la más interesante de las pinacotecas sevillanas. Se exhiben en el comedor cuatro admirables cuadros de Francisco Barrera, el gran pintor sevillano del si-

glo xvii, de puro é impecable estilo, sobrio y firme, en sus más pequeños detalles. Representan las cuatro estaciones del año, y sus alegorías y símbolos dan una sensación perfecta de la época que copian. Se completan con un precioso cuadro de flores y frutas y una ingenua figura de niño, con sabias tonalidades en las telas, del napolitano Luca Giordano y el italiano Andrés Belvedere. Especialmente los primeros son de tan poderoso realismo y de tal estilo sevillano, que muchos inteligentes los han confundido con «Velázquez» auténticos.

En las galerías, en los salones, donde menos puede pensarse, con una diestra colocación á los efectos de luz y entre innumerables objetos de arte, el viajero sorprende cuadros de Adrián Van Utrecht, uno de los más caracterizados pintores de la escuela flamenca en el siglo xvii, de Pedro Snayers, también flamenco, de Juan Bautista Ruoppoli, el italiano maestro en la sabia combinación del color.

La escuela sevillana, en todas sus tendencias y matices tiene la más selecta y acabada representación. Los retratos de Valdés Leal cuentan siempre delante de sí con fervorosos admiradores. Juan Gutiérrez de la Vega, Antonio Esquivel, el inmenso y ascético Zurbarán, están también representados en sus mejores obras. La escuela de Madrid tiene cuadros de Juan Arellano, Villamil y otros más.

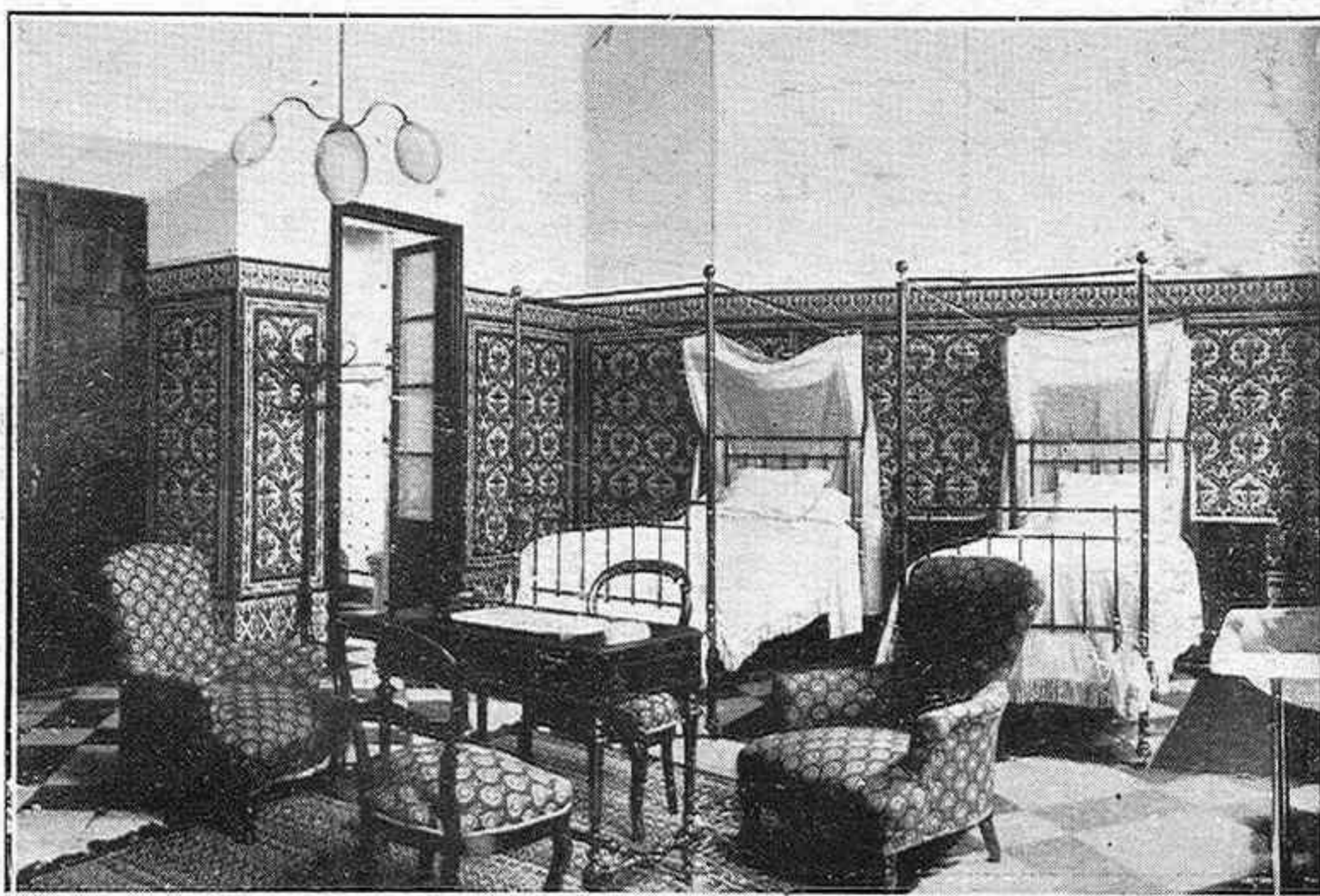
De todas las dependencias de la casa, el comedor es verdaderamente regio, suntuario, de depurado gusto arquitectónico, y sorprende y encanta por sus diferentes tonalidades y facetas, por la multiplicidad de sus aspectos dentro de un orden único, elegante y artístico.

Lo más original de este Grand Hotel es su fachada, clásica, plena en su sencillez, de tipismo, de apariencia y estilo, al modo de los famosos cortijos andaluces, y que, bañada por el sol, da la sensación real de estar en plena campiña.

El Grand Hotel de Madrid necesitaria, para dar una somera idea de su riqueza y su arte, varias planas de LA ESFERA.

En la imposibilidad de disponer de tanto espacio, hemos intentado dar sucintamente una breve relación de sus valores; pero tenemos la absoluta evidencia de no haberlo conseguido.

Únicamente visitándolo es como se puede llegar á comprender la opulencia fabulosa de los tesoros que encierra este Hotel, honor y gloria de Sevilla misma.

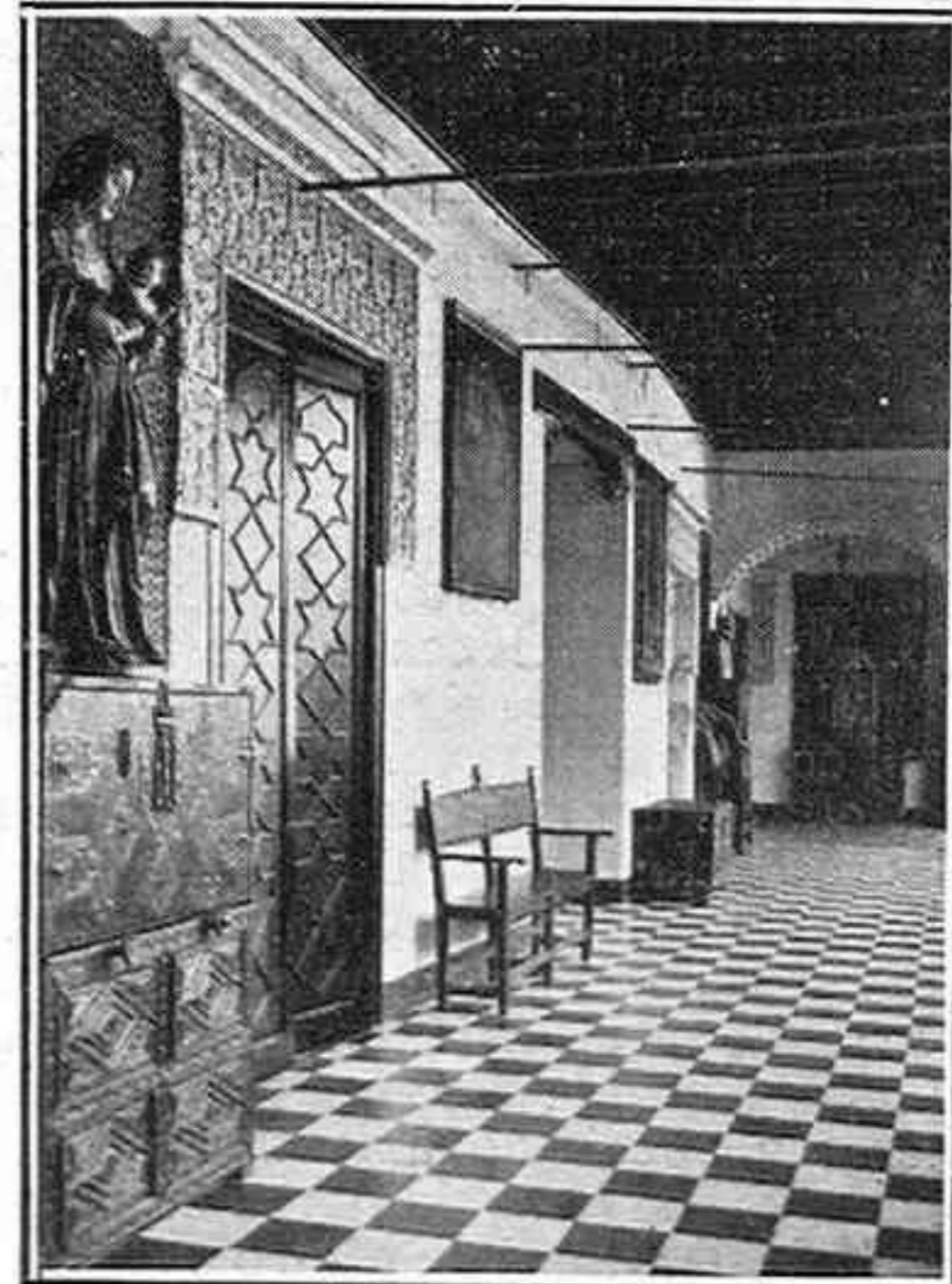


Habitación de la planta baja

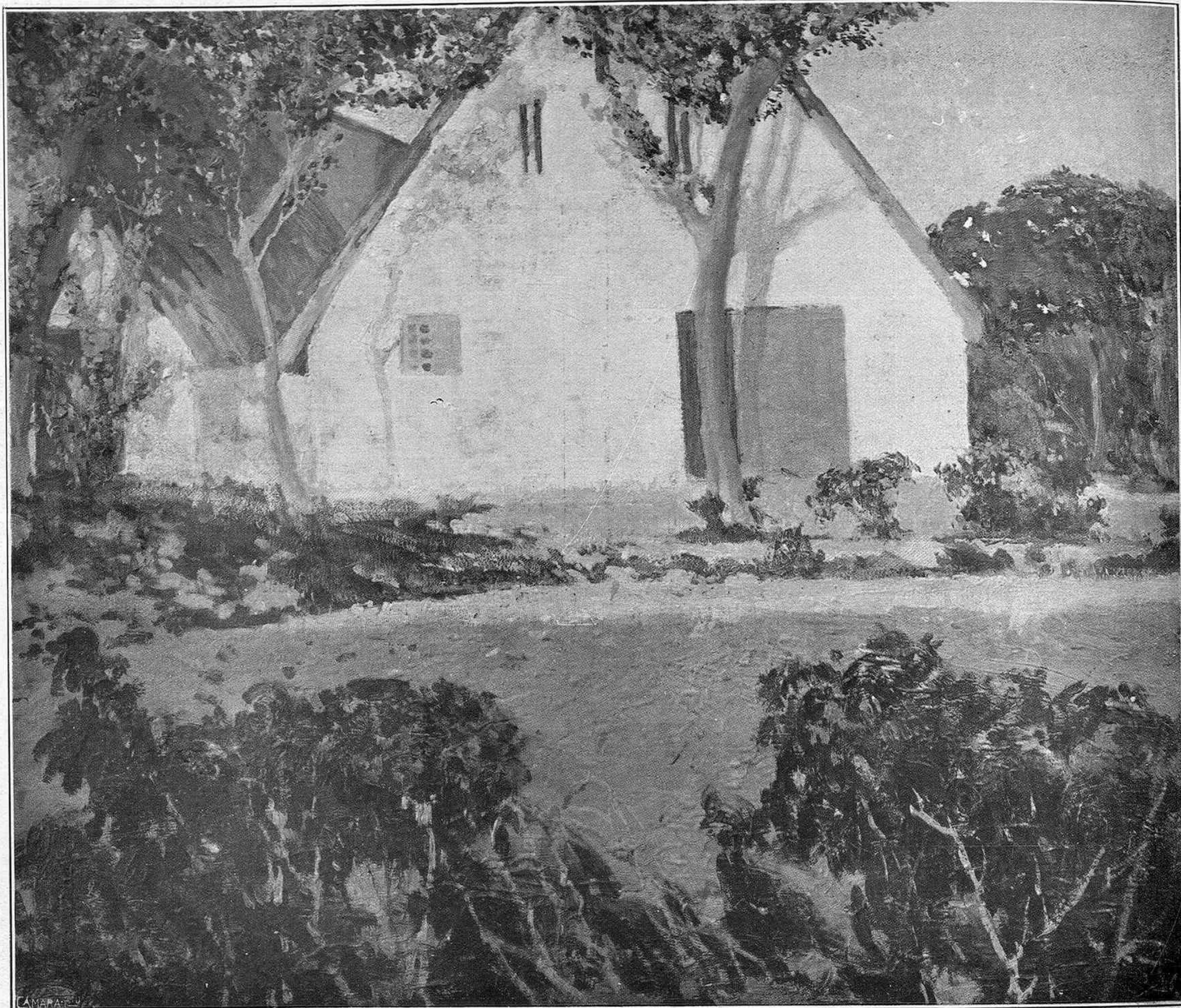
FOTS. MEYER



Galería del piso principal



Galería del piso principal



EL MOMENTO DE LAS VACAS FLACAS LAS BARRACAS LLORAN...

No se ha acabado la poesía de la barraca... Ni puede acabarse, aunque llegue a derrumbarse la última barraca y no vuelva a edificarse ninguna otra, «en jamás de los jamases», como dice la gente del pueblo, mientras quede un ejemplar de la joya inmortal de la lengua lemosina, que dejó cincelada Teodoro Llorente, u otro de la impecable joya que en la literatura castellana ha esculpido Blasco Ibáñez—ambas con igual título de *La Barraca*—y haya quien las lea.

De igual modo creo imposible añadirle a la barraca valenciana un soplo de poesía más de la que nos infundieron aquellos colosos de las letras.

No. No acabará nunca la poesía de la barraca. Pero la esmeralda de la huerta, siempre lozana; los mil colores de sus vergeles floridos; el azul del cielo; el azul del mar; hasta el oro de sus naranjas y el oro deslumbrador de su sol; la propia alegría de Eva valenciana, alegría tan ostentosa como su belleza, toda su poesía ha cambiado de tono... Es la poesía de la incertidumbre; la poesía de la tristeza.

Más que poesía de amanecer de barraca, rocío de oro sobre un ramo de flores olorosas bajando de una cúpula de trinos de pájaros, dijérase crepúsculo de guardilla: lágrimas, cayendo de un cielo de fango.

Es... la poesía de la triste prosa, la poesía del miedo al mañana, después de la tristeza presente,

tras una larga amargura pretérita, sin un solo oasis de esperanza, ya que no de alegría...

De la vega valenciana—como de todos los campos españoles—llegan ayes de angustia y de zozobra; voces pidiendo amparo. Hasta una *chiqueta*—porque para mi alma nunca será *dona cuallá* y formal—, con la que anduve, de niño, á soplamos, y que más tarde me enseñó á hablar en valenciano... y á amar, como se ama en todo el Universo; que no me escribía desde que se casó, se atreve á enviarme una postal aludiendo á mi pluma, y concluye así: ¡Ché, fes tót lo que pugues pers els llauraors!

Niña se necesita ser para concebir y nutrir la ilusión de que toda la buena voluntad y todas las dotes de persuasión de la Prensa pueden impulsar á los profesionales de nuestra menguada y rastrera política, no ya á tomarse la molestia y el tiempo de estudiar las públicas conveniencias, pero ni siquiera á aceptar y ejecutar los medios salvadores que los hombres estudiosos y experimentados les den cables y con el éxito abonado.

Niña se necesita ser para creer que en la corte del saber sabrán resolver ningún problema campesino... ¡los hombres de ciudad! Si hubiese asomado tardes atrás por el Congreso habría perdido esa ilusión. En un grupo, Gascón y Marín no comprendían la incomprensión ministerial en el problema de los cultivadores de remolacha. En otro, de diputados por distritos rurales, después de oír á Miguel

Sánchez-Dalp contar los millones que ha perdido España y las carestías innecesarias que ha experimentado nuestro pueblo por no haber sabido los políticos fomentar, organizar, encauzar y distribuir la producción agrícola, conciliando los intereses, que son comunes, del productor y del consumidor, y oyéndole describir el terrible problema que se plantea hoy á los agricultores todos, decía un ilustre periodista, Leopoldo Romeo, uno de los mejor animados de patriótica voluntad: «Asusta pensar el desconocimiento que aquí se tiene de los problemas agrosociales!...»

Claro que el mal de todos no te consuela á ti, *chiqueta*, que no eres tonta; pero sábelo: en otros puntos de Andalucía, la naranja, en vez de producir dinero, lo costará para arrancarla y enterrarla...

Lo más triste, lo más depresivo, es la conciencia de no merecer tan desventurada situación. Otras viviendas campesinas abusaron del momento, ebrias de prosperidad. Pero las barracas...

Razón tienen para llorar las barracas. Y más razón que ninguna otra vivienda campesina... Cuando la guerra, solamente los naranjales habían perdido casi todo su valor... No conocieron la época de las vacas gordas... y ahora tienen que padecer la de las vacas flacas...

E. GONZÁLEZ FIOLE

CUADRO DE ANTONIO ESTEVE



HELIOS

—¿Cuál es el queso que desean las señoras?...

No se ve libre su calva del ridículo ni á la hora de comer, pues cualquiera coincidencia pone de manifiesto su antiestético defecto.

Termine usted de una vez con su calva y con la mofa de las gentes usando el

Regenerador "PAZ" del cabello

remedio científico y seguro para curar radicalmente la **calvicie** y la **alopecia**, sean ó no antiguas.

Esa afirmación está confirmada por los numerosos casos prácticos que se pueden citar, con garantías, á todo el que lo desee, y usted mismo puede comprobar los maravillosos resultados de este producto, si tiene constancia en el tratamiento, que puede usted consultar gratis á su autor

DIEGO PAZ, calle Don Alfonso I, núm. 36, Zaragoza

FRASCO: 15 PESETAS

PARÍS Y BERLÍN
Grand prix et Medailles d'Or

BELLEZA

No dejarse engañar y exijan
siempre esta marca y nombre
BELLEZA (Registrados)

DEPILATORIO BELLEZA Tiene fama mundial porque es inofensivo y lo único que quita de raíz, por fuerte que sea, el vello y pelo de la cara, brazos, etc., sin perjudicar el cutis, por delicado que sea. Resultados rápidos, prácticos y sin molestia ninguna.

Es el ideal RHUM BELLEZA Fuera canas
A base de nogal. Basta unas gotas durante pocos días para que desaparezcan las canas, devolviéndoles su color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una o dos veces por semana, se evitan los *cabellos blancos*; pues, sin *teñirlos*, les da vida y color. Es inofensivo hasta para los herpéticos. No mancha, no ensucia, ni engrasa. Se usa lo mismo que el *ron quina*.

CREMAS marca BELLEZA (líquida ó en pasta espumilla). Blanquea, hermosa y conservación del cutis, sin necesidad de usar polvos. Son deliciosas é inofensivas (blanca ó rosada).



LOCION BELLEZA Para el cutis. La mujer y el hombre deben emplearla para la juventud natural del rostro y firmeza de los pechos en la mujer. Las personas de rostro envejecido ó con *arrugas, granos, erupciones, barros, pecas, asperezas, manchas, etc.*, á las 24 horas de usarla la bendicen. Evita el crecimiento del vello. Es inofensiva. Deleitosa perfume.

TINTURAS WINTER Marca Belleza. Tiñen en el acto las canas. Sirven para el *cabello, barba y bigote*. Se preparan para *rubio, castaño claro, castaño obscuro y negro*. Dan colores tan naturales é inalterables, que nadie nota su empleo. Son las mejores y las más prácticas.

POLVOS BELLEZA (selectos é higiénicos) Por su calidad superfinísima, distinguido perfume y adherencia al cutis, son los mejores que existen. Se venden Blancos, Naturales, Rosados, Rachel claro y Rachel obscuro.

De venta en perfumerías de España, América y Portugal.—En **Buenos Aires, Aurelio García, calle Cerrito, 393.**—En **Habana, droguería de Sarrá.**
FABRICANTES: Argenté, Costa y Cia., Badalona (España).

ELIXIR ESTOMACAL

de Saiz de Carlos (STOMALIX)

Es recetado por los médicos de las cinco partes del mundo porque tonifica, ayuda á las digestiones y abre el apetito, curando las molestias del

ESTÓMAGO É INTESTINOS

el dolor de estómago, la dispepsia, las acedias, vómitos, inapetencia, diarreas en niños y adultos que, á veces, alternan con estreñimiento, dilatación y úlcera del estómago, etc. Es antiséptico

De venta en las principales farmacias del mundo y en Serrano, 30, MADRID, desde donde se remiten folletos á quien los pida.

EL MÁS PODEROSO
DE LOS



TÓNICOS

cuyo uso es indispensable
durante los calores
para combatir la falta de apetito
y de las fuerzas.

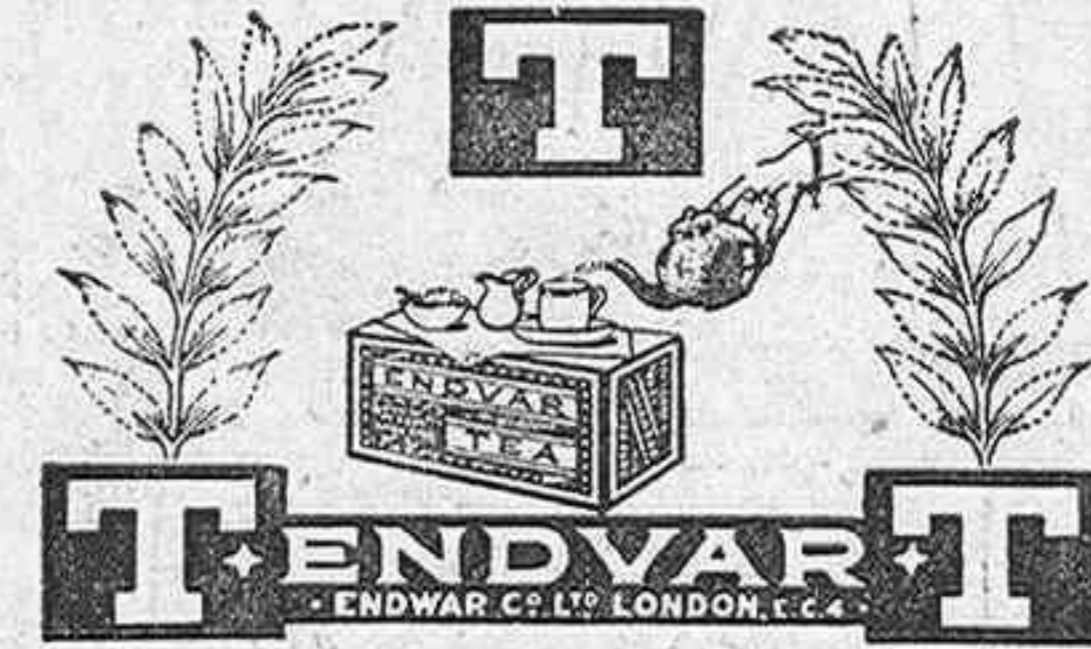
VINO DE VIAL

QUINA, CARNE
LACTO-FOSFATO de CAL

Conviene á los convalescientes,
ancianos, mujeres, niños y todas
las personas débiles y delicadas.

EN TODAS LAS FARMACIAS

TÉ ENDVAR es un verdadero néctar



Disparos Precisos

En cualquier circunstancia la Pistola Automática Remington Modelo 51 desempeña su tarea con precisión. La banda lisa y opaca de la mira, opaca con el objeto de evitar que se reflejen los rayos de la luz, como también las miras bajas que son características de esta pistola solamente, han resultado ser de gran ayuda para los disparos exactos. La sencillez para apuntar—la facilidad para disparar—el equilibrio superior del arma—todas estas cosas garantizan los resultados más exactos posibles.

Remington
La Marca Preferida

DESCRIPCION: Calibre, .380; longitud, 6 5/8 de pulgada; grueso, 9/10 de pulgada; peso descargada, 21 onzas; pavonado, negro sin brillo. Cartuchos: .380 A.P.H. (9 m/m Browning Corto) "Standard" con bala blindada ó de punta blanda. Capacidad: siete cartuchos en el depósito y uno adicional en la cámara. El cartucho es el mismo que se usa en otras pistolas automáticas norte-americanas de este calibre.

REMINGTON ARMS COMPANY INC.
233 Broadway, Nueva York

CONSERVAS TREVIJANO LOGROÑO

Maravillosa Crema de Belleza
PERFUME SUAVE
J. LESQUENDIEU-PARIS

REINE DES CREMES

DE VENTA EN TODA ESPAÑA